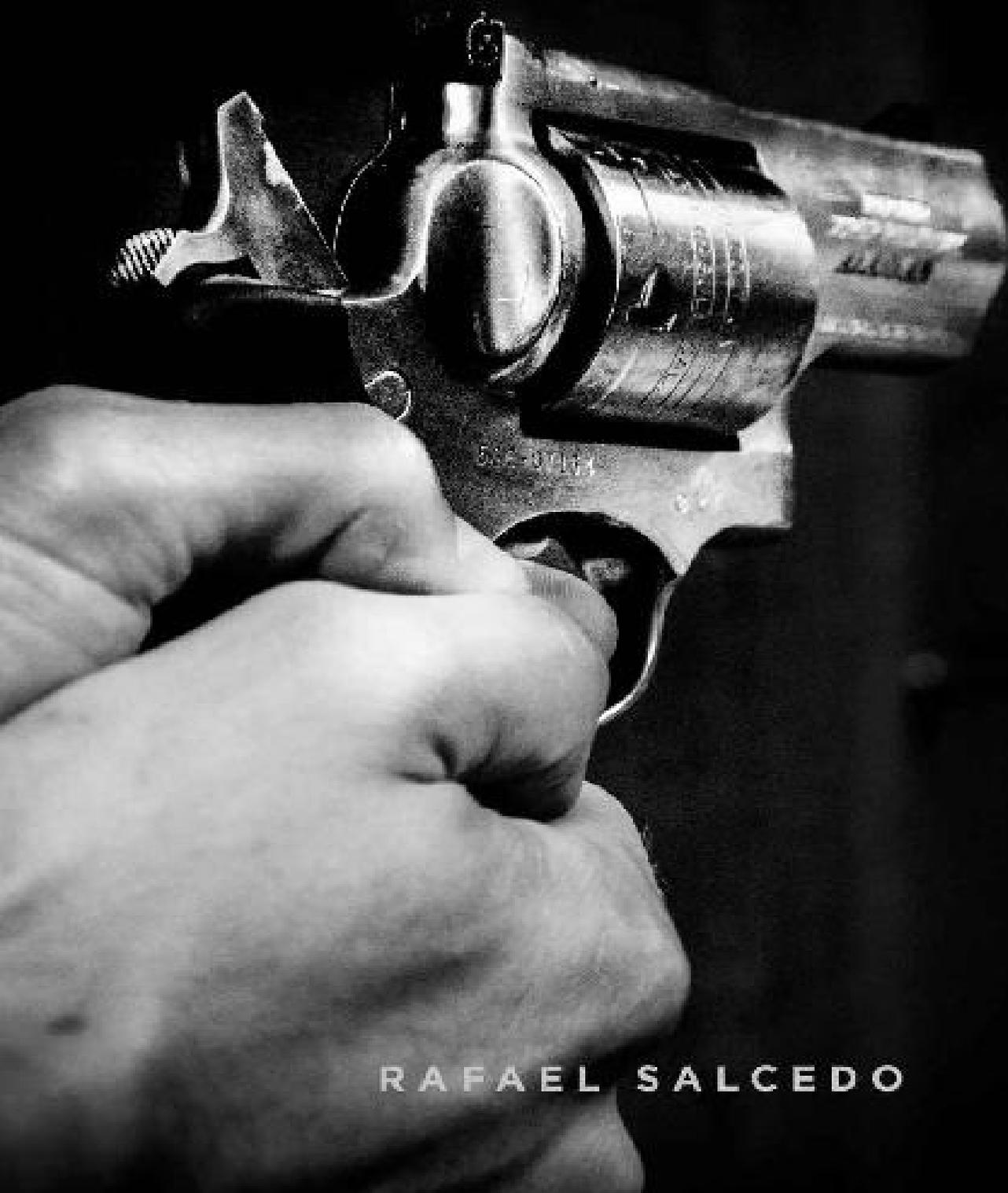


MATARÉ POR TI



RAFAEL SALCEDO

MATARÉ POR TÍ

una obra original de

Rafael Salcedo Ramírez

© RAFAEL SALCEDO RAMÍREZ 2017. Todos los derechos reservados. Queda terminantemente prohibido copiar, reproducir, difundir, publicar o modificar cualquier parte de esta obra sin previo consentimiento expreso y escrito del autor.

© RAFAEL ALEJANDRO SALCEDO GARROTE 2017. Todos los

derechos reservados. Queda terminantemente prohibido copiar, reproducir, difundir, publicar o modificar cualquier parte de la imagen de la portada de esta obra sin previo consentimiento expreso y escrito del autor.

“Sin duda, un crimen perfecto es exactamente lo mismo que un

matrimonio perfecto: todo depende de que no te atrapen”.

Alfred Hitchcock

CAPÍTULO I

Peter Bobinski tenía treinta y cinco años, su estatura rozaba el metro noventa y siete y, pese a su ascendencia centroeuropea la cual dejaba patente su apellido, el aspecto que ofrecía -sobresaliendo tanto el cabello rubio como los ojos azul topacio- era el de un norteamericano que hundía sus raíces en los mismísimos pioneros puritanos anglosajones del “Mayflower”, quienes en mil seiscientos veinte y procedentes de Inglaterra pusieron el pie en aquel nuevo y, entonces, hostil mundo allende el océano.

Justo en esa cuestión recapacitaba mientras, tras dormir apenas cuatro horas y aun así de mala manera viéndose sometido a un tan incómodo como insistente duermevela, pasaba con cuidado la cuchilla por sus mejillas apurando el afeitado de la barba crecida durante la vigilia nocturna. Y no era baladí para Peter, teniendo en cuenta cómo en su diseño del devenir futuro

constituía algo así como un arma poderosa; hasta una especie de “Kryptonita” para sus rivales, quienes eran muchos, pero en especial uno que se le resistía –tan contumaz como obstinado- en su carrera profesional; la cual y hasta esos instantes frente a sí mismo, viendo reflejada su estampa en el espejo, permanecía jalonada de éxitos rotundos e incuestionables.

Y la imposibilidad de conciliar un sueño reparador había sido suscitada de manera indecente por los movimientos de ese competidor, sabedor de los puntos débiles de Peter; sus zonas oscuras, sus ángulos muertos, llegados a su conocimiento por la eficaz labor escudriñadora de una cohorte de sujetos bien carentes de escrúpulos -y mucho menos de principios- contratados “ex profeso” para levantar las alfombras por donde él había pisado durante toda su existencia.

Y Peter no tenía más opción que reconocer cómo lo habían llevado a cabo de manera concienzuda, máxime a tenor de las cosas que ese sucio rival había tenido constancia gracias a ellos y las argucias para escarbar en su vida, arrancando con métodos censurables información muy íntima, sin dejar de acudir a ciertos enemigos, desde la universidad, pasando por el equipo de fútbol americano donde en su juventud había sido ídolo, hasta las mismas empresas en las cuales, tras concluir el periplo estudiantil, había prestado servicio incluso como vulgar e imberbe becario.

De cualquier forma, lo más doloso para Peter había sido enterarse de sopetón cómo habían forzado a su colega en el bufete de abogados, el cual habían compartido hacía años, a soltarles detalles escabrosos de los tejemanejes que ambos tuvieron que llevar a cabo para favorecer a clientes y, de paso, a ellos

mismos y sus cuentas corrientes. Eso era un juego muy sucio y no se lo perdonaría jamás, aunque sí a Charles, su socio y amigo, por cuanto era consciente de sus devaneos con el propio sexo y los vicios insanos a los que se entregaba de manera cotidiana tras la fachada de leguleyo de trato afable, modales aristocráticos, perfil conservador en política y marido fiel -entre comillas- de una genuina representante de la alta sociedad de la costa este.

Peter se hizo cargo de la presión ejercida sobre el bueno de Charles y recordó días pasados, ambos en el bufete, cuando le había pillado con el jovencísimo conserje del edificio en plenos trabajos manuales en su propio despacho. Para él había sido una anécdota e, incluso después de continuar con el negocio jurídico abierto durante más de un lustro, jamás se le ocurrió ni siquiera sacar el tema a colación y, mucho menos, censurarle su adicción a los jovencitos; tal vez, tenía que reconocer con sinceridad para sí mismo, por idéntica inclinación que Peter sentía salvo que, en su caso, era por las jovencitas que se ponían a su alcance.

Ese detalle sí que le preocupaba, y mucho más que las confidencias de Charles acerca de la ingeniería financiera a la que sometían las partidas contables de sus clientes, a modo de encaje de bolillos con tal de burlar el cerco férreo y el afán insaciable recaudador de la Hacienda Pública; técnicas que extendían ambos socios a sus propias liquidaciones anuales en la declaración de la renta, que siempre resultaban muy favorables debido a sus martingalas; las cuales, por cierto, jamás fueron detectadas por sucesivas inspecciones, saliendo airosos de los brutales envites que tuvieron que soportar de aquella suerte de perros de presa en busca de marrullerías en las cuentas.

Aunque lo que de verdad le había quitado el sueño a Peter era un desliz de carácter muy íntimo el cual, en manos de su competidor, haría inútil cualquier intento de persistir en la carrera que había iniciado contra él y sólo él, dado que los demás candidatos para el puesto ambicionado por ambos apenas tenían recorrido, dejando aparte que se habían rajado al primer empujón dialéctico recibido tanto de él mismo como, en especial, de aquél.

Y es que el pertinaz competidor contaba con suficientes pruebas, en forma de trapos malolientes donde el aroma de la corrupción predominaba, sumados los cadáveres en los armarios de cada uno almacenados durante sus respectivas carreras como servidores públicos, que fueron letales para sus aspiraciones y abandonando de manera definitiva cualquier esperanza de seguir adelante con sus candidaturas, las cuales estaban claramente abocadas a un estrepitoso fracaso e, incluso, pudiendo salir malparados con alguna revelación filtrada a la prensa; implacable en esos casos donde se remanga para hacer mucha pupa con su tradicional manipulación demagógica de cualquier indicio de corruptela.

Peter se enjuagó la cara, observó su rostro con gesto serio en el espejo y pensó en el peligro inminente que le acechaba, y ya no sólo en la carrera por un puesto de renombre y prestigio social, amén de unos ingresos que elevarían su ya alto nivel de vida, sino que causaría un terremoto en su ordenada convivencia familiar, comprometiendo de manera rotunda tanto la relación con su esposa, Sharon, quien incluso a sus treinta y tantos conservaba todavía ese halo de niña bien, nacida en los barrios residenciales de Boston y acostumbrada desde la cuna al trato con una sociedad estricta y

bien cerrada para los advenedizos. Y ni que decir tiene que mucho más a sus hijos, a quienes seguro afectaría más su conducta.

Debía buscar una solución y, por supuesto, rápida ya que era cuestión de poco tiempo cómo la escabrosa confidencia, arrancada de los labios de Charles le sirviese a su feroz rival para hundirle en el espeso y putrefacto lodo de la reprobación pública y, de camino, acabar con su matrimonio, su posición y su fuente de ingresos; toda vez que difícil sería superar el cordón de aislamiento social al que se le sometería nada más conocerse los detalles morbosos de una relación contra natura, de la cual era cautivo desde hacía muchos años y que, en ese mismo instante, le atormentaba.

No era cuestión de deslices. Ni mucho menos de amantes ocasionales. Eso era moco de pavo porque tanto él como Sharon los habían tenido sin que ello afectase a su contrato marital, aunque siempre guardando una exquisita discreción tanto uno como otra, si bien con alguna excepción que fue solapada no sin cierto disgusto por parte de ella. En este sentido, Peter tenía claro cómo cualquier confidencia de Charles respecto a sus conquistas durante el largo período compartido en el bufete apenas podía hacer daño, pero sí de lo que ya tenía constancia había confesado aquél, tras mostrarle los secuaces sendas pruebas videográficas de su afición a meterse en la cama con chicos guapos; y no precisamente para jugar una partida de parchís.

Ante aquella amenaza, Charles había vomitado de manera literal cuanto sabía. Peter, mientras se vestía y calzaba, recordó cómo éste le había telefoneado la tarde anterior y casi sollozando le había confiado cómo no había tenido más opción que sucumbir al chantaje de aquellos tipos duros y

desgranado todo cuanto sabía de esa relación que ponía al borde del abismo su vida.

Este hecho, gravísimo y consumado, era una losa en esos momentos de tribulación y Peter se sentía incapaz de salvar el escollo que pronto le llevaría derecho al desastre. Una y otra vez daba vueltas al asunto y cómo esquivar la “Espada de Damocles” que suponía un hecho del pasado -reiterado en el presente también, lo cual agravaba- que, a esas mismas horas, cobraba fuerza y casi se materializaba ante sus propios ojos.

Peter comenzó a colocarse la corbata y, presa del nerviosismo, el nudo Wilson apenas le salía. Tuvo que repetir la maniobra varias veces con la mirada perdida, al tiempo que su mente desconectaba de la realidad y se sumía en los recuerdos; justo en aquellos días cuando Charles, quien se convirtió en un cómplice tan entregado a la causa que hasta le animaba en justa correspondencia con la laxitud con que Peter se tomaba sus particulares y secretos desahogos, le guardaba las espaldas y le proveía de coartadas con tal de que Sharon no descubriese de qué manera mantenía una relación con su propia madre.

Peter había conocido a la madre de Sharon, de nombre Elizabeth, una dama de Nueva Inglaterra con todas las bendiciones y también cumpliendo hasta el último estereotipo, con una belleza serena a sus, entonces, treinta y pocos años que le había encandilado. Pero no tanto como el cuerpo de él lo había hecho en aquella, una vez le conoció siendo un chico más de los amigos quinceañeros de su hija, quienes pasaban algunos días de vacaciones en la casa que disponía la familia en la zona más exclusiva de la isla de Martha's

Vineyard.

Ella no pasó desapercibida para él, y mucho menos él para ella, desde el instante que Peter puso los pies en aquel lugar donde entonces jamás podría imaginar nacería una relación tan excitante como peligrosa con alguien quien le parecía una diosa surgida -entre cánticos celestiales- de lo insondable de ese mar que rodeaba abrazando la isla. Él mismo no daba con la clave de su inicio, o tal vez sí cuando ella en cierta oportunidad, quizás una noche estrellada y el tibio viento del sur cruzando el océano llevando raudo el aroma del profundo azul, se le insinuó sin recato, con un descaro inasumible a su corta edad que le dejó noqueado, sin argumentos y dejándose llevar por aquella voluptuosidad que emanaba de su cuerpo.

La cuestión era que sin un motivo aparente, más que la pura morbosidad mutua, terminaron en una cala lo suficientemente alejada de la casa al abrigo de la noche copulando hasta que las fuerzas abandonaron a Peter, para quien ella resultó la experiencia más turbadora, apasionante y placentera que pudiese imaginar aunque dejándose llevar por la pericia amatoria de Elizabeth, quien resultaba ser auténtico fuego entre sus brazos de deportista de élite, asediado por las universidades que se zancadilleaban para que terminara en sus respectivos equipos.

Peter recordó cómo aquello no fue flor de un día y las citas se sucedieron en el mismo lugar e idéntica hora durante jornadas sucesivas hasta que la llegada de septiembre marcó el fin de la hégira sexual y así lo consideró él, nada más comenzar al poco tiempo el curso y la vuelta a la cotidianidad de las aulas. Aunque si bien es verdad que aquello fue un desiderátum cargado

de una previsible inocencia juvenil, teniendo en cuenta la celeridad de ella para dejarle mensajes insistentes -que lindaban la obsesión- con tal de revivir cuanto antes los encuentros íntimos, en esta ocasión ya en el continente y llevándolos a cabo en lugares mejor acondicionados y con sedosas sábanas envolviendo apretados ambos cuerpos excitados.

Peter comprendió en su momento cómo aquella no era una aventura con una mujer madura motivada por un verano largo y caluroso, sino una relación que continuaba en el tiempo y además tanto con matices perniciosos como de una osadía desatada a la que sumaban una audacia cómplice por parte de ambos; toda vez que ella le permitió, avanzando el tiempo, enamorar perdidamente a su hija y, con un riesgo que les enardecía aún más, él hizo lo propio dejándole que ella desahogara su furor uterino en lugares donde el riesgo era extremo y hasta el punto de elegir en muchas ocasiones para tener sexo sitios que se encontraban a escasos metros de distancia de su marido.

Los años pasaron, también la universidad, incluso el matrimonio con Sharon y, como si nada, también continuaba esa relación entre ambos que se deslizaba hacia la más pura perversión, sin que pudiera determinarse quién ponía más de ésta cuando decidían estar juntos sorteando a sus respectivas parejas y también el escándalo que provocaría al conocerse -de manera pública- en la estricta sociedad donde se desenvolvían sus vidas.

Peter, lustrados los zapatos de piel legítima con el rigor que siempre se exigía, se dispuso a bajar los peldaños de la escalera mientras no dejaba de imaginar a Charles contando cada una de las veces que le había servido de coartada para no sólo pasar ratos con la madre de Sharon, sino también fines

de semana en los que ambos se excusaban con argumentos tan estrambóticos como extrañamente asumidos de igual manera inocente tanto por el suegro burlado como por la esposa engañada.

Un escalofrío le recorrió el cuerpo cuando recordó cómo Charles tuvo que facilitarles incluso pruebas físicas de su infidelidad que en esos momentos estaban en poder de su contrincante, a quien se imaginaba frotándose las manos ante una evidencia tan clara y tangible de su cara oculta que implicaba el derrumbe como un simple mecano de todo su pequeño y confortable mundo pleno de satisfacciones; ordenado, pulcro, a prueba de intrusos, cerrado a cal y canto para cotillas, y en ese momento abierto en canal por la astucia de un miserable.

-Cariño ¿Te has puesto ese traje?- le soltó Sharon con gesto de extrañeza nada más poner Peter los pies en la cocina, mientras sentada apuraba una humeante taza de café junto al ventanal que daba a un espléndido jardín repleto de arboleda en el que laboraba a hora tan temprana el jardinero.

-Lo sé, lo sé, querida. No te dije ayer que la vista del caso en el que estoy trabajando la preside el juez Fleetwood y...-

-No sigas, Peter. Le conozco mejor que tú a él y, en tal caso, me parece buena elección ese traje de Armani y la corbata de Hermés que te regalé en tu último cumpleaños-

-El jodido juez es así y conviene acudir a sus vistas immaculado. Todo sea por sacar adelante el caso que tengo enquistado hace dos meses-

-¿Tan difícil es?-

-No es difícil, sino que el acusado se defiende como gato panza arriba, y más teniendo en cuenta que es el hijo y único heredero de un mafioso bien conocido por todos. Así que imagina los recursos, y por supuesto la fortuna, que está empleando en librar a su pequeño de nuestras garras. Pero en cuestión de tiempo, querida, porque voy a empapelarle-

-Te hará falta-

-¿Cómo?-

-Quiero decir, Peter, que es una buena oportunidad de dar un golpe sobre la mesa en el departamento-

-¡Y que lo digas, querida!- respondió Peter con un nudo en la garganta, al regresar inoportuno a su pensamiento el verdadero problema que frenaba su habitual maestría para cerrar los casos con los que se enfrentaba *-No puedo negar que necesito sacarlo adelante y ponerme en cabeza en esta carrera que, estoy seguro, voy a ganar-*

-Cariño, pero te veo inseguro en esta ocasión. No sé, no sé...- añadió Sharon aquello con una mueca extraña en su rostro, dejando la taza sobre la mesa y fijando la mirada escrutadora en su marido; lo cual no pasó desapercibido para Peter y le produjo cierto malestar aunque no consiguió le delatase su lenguaje gestual, manteniéndose frío e inalterable como acostumbraba a actuar *-Y es que es raro en ti, querido, y quiero decir cómo echo en falta ese temple que te observo a cada momento cuando afrontas los casos. Relájate y ten presente cómo papá está haciendo lo indecible por ayudarte. Además, te diría no dudes que sus contactos funcionarán, tocará los resortes necesarios para que todo vaya sobre ruedas y tu nombre esté pronto en ese despacho que sueñas. Bueno, mejor sería decir que soñamos-*

-Sí, claro está, Sharon, confío a pies juntillas en tu padre y en sus formas discretas para echarme una mano- respondió sin mucho convencimiento y también sin poder concentrarse en la conversación presa de un desasosiego interno que, por un momento, iba a hacer saltar por los aires su cabeza de tanto dar vueltas al asunto de Charles y sus confesiones. Peter, mirando cara a cara a su esposa, no pudo reprimir una imagen de ella desesperada tras conocer su relación con su madre, que aún perduraba en el tiempo, y de la que su contrincante tenía constancia con pruebas en la mano que ofrecer a la prensa. Era algo horrible que consiguió truncar su ánimo e hizo que perdiera el hilo de cuanto ella le hablaba, oyendo en realidad apenas un murmullo impreciso cuando la conversación de Sharon viró a temas domésticos que le importaban una higa.

-¿No crees, querido? Ya te digo que mamá no está dispuesta a renunciar a sus actos benéficos y, en especial, a viajar hasta Nueva York este fin de

semana según me dijo a la Convención de Damas contra la Pobreza y, bueno, ya sabes cómo está a punto de lograr la presidencia con lo que eso conlleva. No sé si estás al tanto, pero le hace ilusión el cargo porque una de sus prerrogativas es codearse con la primera dama y, a veces, hasta con el mismísimo presidente, sin mencionar que ser invitada a tomar el té en la Casa Blanca es, bueno, diría lo más-

-Sí, claro, cariño, sin duda es algo legítimo que aspire al cargo después de tantos años trabajando duro por la organización- contestó Peter guardándose para sí una sensación agri dulce en ese momento, y más al recordar cómo ese viaje del fin de semana a Nueva York era una de las muchas pantallas de ambos para tener otro de sus encuentros libidinosos entre reuniones –*Por cierto, Sharon, también te recuerdo que pasaré el fin de semana en la convención del departamento que se celebra en la Gran Manzana. Ya sabes, querida, sesiones agotadoras aguantando a jefazos soltando discursos jurídicos y también a los más avezados pelotas babeando para que éstos les dediquen, al menos, una mísera mirada y, si acaso, un gesto de falsa complicidad sin ni siquiera articular palabra. A esos mierdecillas con esto les basta, con tal de hacerse notar-*

-Lo sé, lo sé, querido, y recuerda que papá también es del gremio- respondió Sharon compartiendo ese sentimiento de frustración con su marido, sabiendo las vicisitudes de su departamento y las ansias de sus rivales por alcanzar un puesto de relevancia en la pirámide directiva *-Hablando de este tema, Peter ¿Dónde es tu convención?-*

-Pues, en el Waldorf-

-¿Waldorf? ¡Qué casualidad! Mamá también se alojará allí durante la celebración de la suya-

-Haré los honores, cariño. Así que pierde cuidado-

-Bueno, Peter, no te lo tomes como una tarea más. Bien sabes cómo mamá no necesita aduladores y tú le caes bien desde siempre-

-En eso no discuto- respondió Peter sin dejar que en su rostro apareciese la más mínima señal de incomodidad y, más bien al contrario, sus líneas faciales permanecieron relajadas y su voz con un tono jovial rayano con lo cómico tirando de esa habilidad tan propia suya de controlar las situaciones comprometidas a las que le sometía cualquiera que se colocase ante él y, en mayor medida, su propia esposa.

-Te tiene en un pedestal y le faltan palabras para expresar lo guapo que sigues siendo y lo interesante que te has puesto con esas patillas ya encanecidas ¿Sabes, querido? Oyéndole algunas veces hablar de ti me pongo celosa y no sé si debo tener más cuidado ¿Qué me dices?-

-Vamos, Sharon ¡Qué exagerada eres!- Peter maniobró como pudo ante el comentario de su esposa, el cual había lanzado con una intención que no acertaba a descifrar si era inocente o bien cargado de veneno por alguna confianza recibida, sin desdeñar la opción que se tratase de un pálpito

femenino tan peligroso siempre en esos casos de infidelidad -¿Sabes? *Le caigo bien desde que nos conocimos allá en la isla y no tengo la culpa. Tal vez sea su tipo ¿O no? Tú mismo reconoces cómo no tengo mala pinta y soy diplomático en el tema de las suegras. Ya ves cómo le trato y me falta tiempo para darle su sitio en cualquier situación, en especial en esas reuniones familiares tan tediosas con gente de su círculo más íntimo que, si te digo la verdad, me parece estiradísima. Te confieso que no les aguanto pero respeto haciendo honor a ella-*

-Y bien te lo agradece, Peter. No hace falta más que observar cómo ella te mira cuando sueltas esas parrafadas que aburren hasta a las ovejas, llenas de argumentos legales y, sin embargo, mamá adora-

-Por favor, Sharon, la de barbaridades que dices. Vamos a ver; si aburro como dices, también debes incluirle a ella. Lo que ocurre es que prefiere, imagino por el cariño casi maternal que me tiene, mostrar algo de interés en lo que digo. Y de lo que muchas veces me arrepiento dado el poco éxito obtenido y, mayormente, por los bostezos que consigo en cuantos me escuchan en esas comidas pantagruélicas que tu madre organiza a mayor honra de sus aspiraciones en la organización tan caritativa; dicho sea de paso que de caridad tiene lo que yo de sexador de pollos-

-“Quid pro quo”, recuerda, Peter- contestó Sharon con un gesto donde se incluía una ceja levantada, en clara alusión a que se valía de similar técnica pero sin ese componente humanitario de fachada que ocultaba la falsedad –Lo uno por lo otro, querido. Mamá, de la misma forma que tú y todos tus colegas del ámbito jurídico, sólo se apoya por el bien de sus intereses. Y no

puedes negarlo-

-Está bien, Sharon ¿Qué puedo decir? ¡La razón siempre en tus labios, cariño! Me rindo de manera incondicional a tu demoledor argumento que pone en el mismo nivel componendas jurídicas y engaño a miles de personas que confían en el destino immaculado de sus donaciones benéficas-

-¿Engaño dices, Peter?- contratacó Sharon -¿No es acaso lo que hacéis vosotros?-

-Pero, mujer ¡Claro que no!-

-¡Pamplinas, Peter! Sois profesionales del birlibirloque, por decir algo suave con respecto a vosotros. Tengo ojos, tengo oídos, y he presenciado actos tan injustos e insanos que si el público conociese los entresijos de la justicia en este país rodarían cabezas-

-¡Santo Dios, Sharon, no te pongas tan dramática! No es para tanto, mujer. Sólo es un juego lo que hacemos. Reconozco que a veces tenemos que sortear la misma Ley y quedarnos con algún sucedáneo de ésta. Pero no hay intención de engañar o manipular, o como quieras llamarle. Sólo son atajos-

-¡Atajos ilegales, vericuetos por donde pasáis y conseguís que el negro sea blanco y viceversa, querido! Te recuerdo que soy hija de un magistrado del Supremo y te juro que he sentido más de una vez verdadero asco de algunas

cosas que de juegos, como dices con esa falta de escrúpulos, tienen poco y sí de villanía-

-Espero que tu padre no escuche esas palabras, Sharon-

-Sabes bien que las ha escuchado y las repetiría. Él también es defensor del “Quid pro quo”, cariño. Relájate porque él jamás te censurará y no digamos mamá, quien seguro te animará. Por cierto, Peter, me acabo de acordar que coincidís los dos en muchas ocasiones cuando acudís a convenciones, congresos y todas esas cosas que tanto os gustan-

-Hoy estás de un humor extraño, cariño- Peter se puso alerta ante la forma de dejar caer aquel comentario que había utilizado Sharon, incluida otra ceja enhiesta en su rostro, la cual le preocupó aún más –Pues sí coincidimos, pero es lógico ¿No crees? Todas las organizaciones y departamentos eligen fechas y hoteles idénticos. Suele ocurrir que en las recepciones, almuerzos y cenas nos encontremos los de siempre. Y a tu madre, si mal no recuerdo, le habré visto un par de veces en estos años-

-Ya, ya, querido. Lo mismo que aquella amiga especial, como le llamaste ¿Recuerdas? Natalie era su nombre; muy poético ¿No crees?-

-¡Sharon, por Dios, ahora sales con eso...!-

-¡Salgo con lo que me da la gana, querido!-

-Aquello fue sólo una debilidad, ya lo sabes. Pero mi amor, mi cariño, siempre ha sido para ti-

-No pudiste resistirte ¿Verdad? ¡Tan mona!-

-No sigas, Sharon. Aquello quedó zanjado y punto. Además, no eres la más apropiada para hablar de infidelidades ¿O no te acuerdas de Paul?-

-Me acuerdo y muchas veces, cariño ¡Como para no acordarme!- pareció explotar Sharon -¿Crees que soy de piedra? Tú, y sólo tú fuiste el causante de que me metiera en su cama ¿Te enteras? Voy a recordarte que llevabas más de un año sin tocarme, sin una sola caricia, evitándome mientras tú hacías lo mismo en las sábanas de esa muñequita de talla treinta y ocho y tetas de diseño que te hablaba con aquella vocecita sumisa-

-Sharon, de acuerdo, dejemos el tema. Está todo olvidado y...-

-Olvidadas están todas las fulanas que estos años has ido sumando a tu lista de conquistas, pero que aguanté y te aguanté porque sabes guardar la debida compostura y, sobre todo, discreción. Pero con esa Natalie fuiste un miserable paseándote con ella por medio Boston, incluso apareciendo por si no te acuerdas con ella en el club de regatas de Cape Cod, delante de la mitad de mis amigas, dejándome en evidencia y...-

-Cierto, cierto, Sharon, cariño, reconozco mi error, fue algo, algo...-

-¡Humillante por tu parte, Peter!- le gritó Sharon fuera de sí.

-Sí, sí, cariño, lo siento y no sé cómo pedirte perdón por mi comportamiento. Perdí la cabeza por esa estúpida, pero ya viste cómo todo volvió a la normalidad y...-

-¡Te lo advierto, Peter! ¡Si me entero de alguna barrabasada en la que me pongas en evidencia te juro que te dejaré en la indigencia, acabarás arrastrándote en el lodo de la miseria, no habrá nadie de aquí a California que te ampare y me encargaré de que papá te haga añicos y...!-

-¡Vamos, mujer, no te pongas así! Ya sabes que te quiero sólo a ti y jamás se me ocurriría volver a engañarte porque...- respondió Peter echando mano de su seductora forma de hablar, si bien advirtiendo cómo la mirada de Sharon transmitía una sospecha tácita cuya sombra pudo ver de manera nítida tanto en sus ojos como en las líneas de expresión de su rostro, tensas al límite.

-¡Tenlo presente, Peter, porque de lo contrario luego vendrá el llanto y el crujir de dientes!- le interrumpió Sharon en seco para lanzarle la advertencia bien seria; consiguiendo que él, sólo por un momento, perdiera primero la compostura y al momento esa singular forma desmayada de encajar los golpes.

-¡Santo Cristo, Sharon, no hace falta recurrir a las profecías bíblicas! Basta con darme un beso de despedida y desearme suerte con ese picajoso juez-

-Quédate con el deseo y el beso me lo guardo, querido- fueron las palabras expresadas de manera cortante devueltas por su esposa, quien hizo mutis por el foro y se despidió a la francesa con cara de pocos amigos y Peter, sin nada que objetar no fuera a ser mucho peor el remedio que la enfermedad, abandonó la cocina encaminándose a través del pasillo que comunicaba con el garaje sin probar bocado y con el estómago dándole punzadas con tal de no alargar la conversación, la cual había tomado un rumbo más que caótico y casi de naufragio, a tenor de los dardos de Sharon mascullando entre dientes algo que desconocía pero que la intuición femenina había despertado en su interior. Y eso suponía la formación -en sintonía con la amenaza de las confidencias de Charles- de la tormenta perfecta que le haría de manera irremisible irse a pique en un mar acechante de aguas procelosas, donde un remolino gigantesco le arrastraría a las profundidades abisales donde sería pasto de seres extraños y ponzoñosos que le devorarían hasta los tuétanos.

Una vez en el garaje y subido el portón, Peter abrió -con solo tocar la puerta- el Maserati Quattroporte V8 GTS color negro perlado con llantas de competición de veinte pulgadas recién estrenado a principios de mes; lo que, sin duda, podía considerar su juguete preferido. Colocó su maletín en el asiento del copiloto, después de acomodarse y que el ordenador de a bordo le diese la bienvenida en una alocución que sonó por el equipo exclusivo de sonido del que disponía el vehículo, para después pulsar el botón de arranque y dejar que se oyera la advertencia de que debía colocarse el cinturón de seguridad. Tras dejar atrás el camino de grava que comunicaba la casa con la

vía de servicio de la urbanización y de sortear un par de rotondas, condujo unos minutos hasta alcanzar la autopista que le llevaría a la ciudad y no dejó ni un instante de cavilar en el hecho de que debía hacer algo para evitar aquel destino marcado. Y pronto.

CAPÍTULO II

Will Moore había cumplido hacía dos días los cuarenta años y, de éstos, se había pasado alrededor de quince entre rejas. Presumía de ser un tipo duro; bien duro si se atendía al hecho de que se había tragado tres años más de condena en su primer ciclo carcelario por sacarle un ojo a un sujeto que le había afeado el hecho de que tuviera las orejas de soplillo. Tenerlas las tenía; pero a Will que se lo dijeran lo consideraba una ofensa por la cual no estaba dispuesto a quedarse quieto sin que recibiera su merecido el cabrón que se atreviese.

Will había repetido hasta la saciedad al juez, quien le había juzgado por ese hecho en su día, de qué manera él mismo le había advertido multitud de veces al tipo que dejó tuerto cómo estaba decidido a tomarse como una ofensa sus risitas en la cola del comedor aludiendo a esas orejas tan grandes, carnosas, con un lóbulo agujereado de manera cutre y, para colmo, tan despegadas de la enorme testa que remataba un cuerpo que pasaba de los dos metros.

El juez no tuvo en consideración tales alegaciones y mucho menos de un negrata -como él mismo se calificaba ante los demás, incluido el susodicho magistrado- por quien, tras escuchar la sentencia de tres años más a la sombra, estuvo a punto de saltar sobre él y hacerle algo parecido al tipo del ojo, el cual y tras extraérselo lo paseó por todo el módulo de la prisión mostrándolo como un trofeo a sus compañeros de piel para, como corolario a su acción jaleada por sus correligionarios de raza, estrujarlo con su enorme pie y convertirlo en una amalgama sanguinolenta sobre el piso de la prisión.

Pero Will aguantó; aguantó como tipo duro que era y cumplió hasta el último día sin beneficios de buena conducta y todas esas mariconadas que no estaba dispuesto a hacer con tal de rebajar condena; salvaguardando así su buen nombre como presidiario, saliendo a posteriori sin que nadie le achacase blandenguería por haberse plegado a las exigencias de los cabrones del penal.

Se vanagloriaba de cómo ni un solo día de esos quince años había dejado de cagarse en los muertos de los vigilantes, tampoco de escupirles a su paso, y mucho menos sin mostrarles gestos tal si les rebanase el pescuezo de un tajo

seco, rápido, certero, tal como en la intimidad del catre pensaba cada noche en acometer.

Ni un día de esos eternos años había dejado le persuadieran para comportarse de manera civilizada y contemporizar con nadie que oliera a servidor del Estado; fuese cura, médico, enfermero o vigilante amariconado intentando amansarle. Will era una bestia y lo fue cada minuto que pasó allí, dando vueltas en su celda como felino enjaulado siendo observado por curiosos esperando hiciese algo fuera de lo común más que recorrer unos pocos pasos y volver sobre éstos de manera compulsiva esperando el rancho y el cubo donde excretar.

Will Moore pensó en todo ello y también en algo terrible que le daba vueltas en el coco desde que, hacía cinco años, había puesto por fin los pies en la calle con la cabeza bien alta pero con un tiempo perdido que cada día se le hacía más cuesta arriba asumir. Sabía cómo llevaba dos condenas y en la tercera no habría piedad para con él y los hijos de puta que cortaban el bacalao en los juzgados le enviarían de por vida al penal. Hasta que una fría mañana, tal cual imaginaba gélida y desapacible, su cuerpo sin vida fuese colocado en un desvencijado ataúd en cuya base estaría escrita la leyenda “Made in China” y fuese sacado rumbo a cualquier crematorio donde ni siquiera un cura de esos a los que odiaba rezara un Padrenuestro por su alma.

Esa idea le obsesionaba y le hacía hundirse en el magma de la impotencia tal si zapatos de plomo calzase, siendo arrojado de manera inmisericorde para que su cuerpo se deshiciera en minutos fundiéndose con la roca líquida y refulgente surgida de las profundidades ígneas del planeta. Hasta tal punto

que parecía le fuese a saltar en pedazos la cabezota de tanto darle vueltas a cómo conciliar la venganza que crecía en su interior contra la zorra de su mujer, y de paso de igual manera contra la cabrona de su madre, con la amenaza de terminar sus días para siempre en aquel sitio de pesadilla al que, bajo ningún concepto, volvería.

Antes prefería levantarse la tapa de los sesos con un cuarenta y cinco -y que recogieran los trozos de su cráneo con una aspiradora- que volver a estar encerrado ¡No, no, señor! ¡Eso no iba a ser, claro que no! Se decía a sí mismo Will, al tiempo que aparcaba su destartado Chevrolet del noventa y tres, dejando una densa humareda a su paso, a pocos metros del domicilio que había compartido con su esposa y al cual tenía prohibida la entrada por orden judicial.

No se le pasó cómo se exponía a un riesgo desmesurado, y más conociendo cómo se las gastaba no sólo su ex sino -incluso más- su suegra y, para mayor abundamiento en el peligro cercano, el hijoputa de su cuñado a quien observó como siempre en el porche de la vivienda sentado y fumando de manera compulsiva como era su costumbre. Verle allí, imaginarse tomando como propia su casa era algo que a Will le sacaba de sus casillas, pero mucho menos pensar en John Greene, el Pastor de la Iglesia del Monte de Los Olivos, penetrando a su esposa y en su propia cama.

Ese cabrón, a la vez que le prestaba ayuda contra él contratando leguleyos, le había seducido y ahora visitaba su casa pagada hasta el último centavo con su esfuerzo para algo más que hablar del caso de divorcio. Hasta la madre se quitaba de en medio y se llevaba al subnormal del hermano para que tuvieran

todo el tiempo del mundo y así disfrutar del sexo cuanto quisieran.

¡Puto Pastor! ¡Putra iglesia! ¡Un antro de corrupción y sexo del copón! Tal como pensaba Will recordando de qué manera al mismísimo Pastor le había pillado una devota feligresa metiéndosela sin pudor a una de las jovencitas cantantes del coro a quien -era obvio para toda la comunidad- le faltaba un hervor. Según relató la feligresa espantada, había observado el momento en el que el cura introducía en su totalidad su miembro viril a la muchacha mientras ésta permanecía apoyada sobre un altar y aquél -sin dejar de hacerle un mete y saca- irreverente rezaba con devoción una plegaria al Espíritu Santo; seguro encarnado en semejante tranca.

Will recordó cómo el escándalo fue mayúsculo, máxime porque la buena de la feligresa -quien descubrió el pastel- no se le ocurrió otra cosa que llamar de inmediato a toda la congregación y, a través de los diáconos, promover la expulsión del Pastor. Sin embargo, éste y gracias a que manejaba a su antojo las desahogadas finanzas de la iglesia, logró superar el envite untando con cheques de seis ceros al comité que debía decidir entre su fulminante remoción en el cargo o bien el sobreseimiento de la causa.

No obstante todo aquel revuelo -y de igual manera la conmoción provocada por su comportamiento tan alejado del Evangelio- al final quedó en agua de borrajas tras fajarse el clérigo con sus hábiles maniobras comprando voluntades y prometiendo prebendas a diestro y siniestro, por lo que el veredicto se ciñó a una escueta y benigna amonestación verbal y la obligación de que realizara una disculpa pública en el primer servicio religioso; la cual él aprovechó para lavar su imagen utilizando la verborrea

acostumbrada en sus sermones, ideados para embaucar a las ancianitas de trajes con colores llamativos y ridículos gorritos, quienes suponían el grueso de la audiencia. Así que se salió con la suya y Wiil pensó cómo también se quedó con su esposa, a quien no dejaba de imaginar con éste encima y gimiendo abierta de piernas.

Eso era demasiado para Will y no estaba dispuesto a permitir no sólo que le arrebataran la mujer sino también cuanto había poseído, incluido los dos niños que, sin embargo, ahora dudaba si tendrían nada más crecieran aquella nariz aguileña del Pastor y una lengua tan larga como mentirosa. Pero había un impedimento y bien grande, ya que sabía que cualquier movimiento violento contra ella, su madre o su hermano, sería devuelto en forma de detención rápida y de cabeza a una celda de por vida. Nada de esto podía asumir y justo su pensamiento recurrente le martilleaba sin cesar al acercarse a la verja de entrada de la casa que era todavía -aunque en precario- de su propiedad; tristemente, en ese momento, casi ya arrebatada por el puto Pastor.

-¡No se te ocurra poner tus negros y sucios pies en esta casa, Will!- le advirtió, en un tono amenazante con los ojos inyectados en sangre, el hermano de su ex nada más advertir su presencia, bramando con su dos metros y diez centímetros y unas espaldas del mismo tenor en tanto se levantaba de la butaca, arrojaba lejos el cigarrillo que fumaba y luego se apoyaba en la baranda que parecía fuese a desmoronarse con su peso que sobrepasaba con creces los ciento setenta kilos, los cuales hablaban de su anatomía grasienta pero de músculos también de acero *-¡Un centímetro más y bajaré de aquí, andaré unos pasos hasta donde estás y luego te daré tal paliza que no te reconocerán cuando termine! ¿Te enteras? Ya sabes que no*

me molestaré en llamar a la policía, ni al juzgado de familia, sólo usaré esa cara de mierda que tienes para practicar mi gancho de derecha; aunque tendré que contenerme para no separártela del cuerpo-

-¡Está bien, tranquilo, Punky!- escucharon tanto éste como Will de labios de Esther, a la sazón la ex esposa custodiada, saliendo de la puerta de la casa desde donde había escuchado la poderosa voz de su hermano y la admonición lanzada que, por experiencia, sabía era rotunda, cierta y que cumpliría tal cual había detallado con un punto de sadismo que le caracterizaba desde que, contando con doce años, aplastó sin piedad la cabeza de un compañero de la escuela por burlarse de su barrigota prominente alimentada de manera cotidiana con hamburguesas con doble de queso y beicon, las cuales se zampaba de tres en tres.

-¡Sólo quiero hablar, Esther! ¡Cariño, te lo ruego!- Will pareció un corderito con aquella voz de la que él mismo se sorprendió y tal vez porque -incluso con el daño que ella le había hecho, aún supurante y hasta conociendo de su goce en la cama con el Pastor- al verle parecía la muchachita que le había robado el corazón en aquella mañana gloriosa de domingo juntos en la propia iglesia, donde él también acudía para lavar sus pecados además de buscar apoyo moral con tal de dar un viraje definitivo hacia la vida sin sobresaltos y lejos de los atracos a licorerías, los tirones de cadenas de oro a viejecitas, los chanchullos con la droga, las violaciones a jovencísimas blanquitas beodas a la salida de las discotecas, sin dejar los reventones de puertas para afanar en las viviendas mientras sus inquilinos dormían y toda una larga lista de crímenes de los que había pagado tan sólo una ínfima parte en sus días carcelarios y, en especial, los veinte o treinta tíos -él mismo no

ponía en pie la cifra exacta- a quienes había dejado fritos en el asfalto sobre un sanguinolento charco a su alrededor sólo por ser miembros de “putas bandas rivales”, vaciándoles sin remordimientos el cargador de su Magnum 357, mote por el cual sus compinches le conocían al no fallar un solo disparo en su larga carrera como frío asesino callejero, a la cual había que sumar las tardes de adolescente hasta las cejas de costo y chupitos de licor tras pasar con la peña horas jugando a videojuegos crueles para después, y robando un coche con la suficiente potencia, atropellar asquerosos viejos en los pasos de cebra y dejarles despanzurrados mientras tanto huían a toda pastilla.

-¡No tengo nada que hablar contigo, Will, y lo sabes bien. No me tienes a llamar a la policía!- la esposa dejó ver su firmeza y determinación, y no sólo en sus palabras sino tanto en el tono de voz como en su pose; tanto o más amenazante que la de su bravucón hermano, quien no dejaba de mirar con inquina a Will y haciendo amagos de acercarse a él y así cumplir las advertencias.

-¿Lo harías, Esther?- Will, sin creerse lo que escuchaba, preguntó inocente.

-¡Como que me caiga ahora mismo fulminada!- gritó la esposa al borde de la ira, dejándole clara su determinación.

-¡Por Dios, cariño...!- suplicó Will implorante y hasta a él mismo le dieron arcadas de sí por su tragicómica forma de perder la más mínima dignidad.

-¡Will, no vuelvas a llamarme así! ¿Entendido? No sigas por ese camino y sabes que dispones de un día más para pasarme la manutención de los niños-

-¡Esther, no me agobies, por favor! Además ¿Cómo te voy a pagar eso si tu abogado ha conseguido que me embarguen todo? No tengo capacidad de maniobra ¡Entiéndelo!-

-¡Ese no es mi problema, Will!- respondió Esther con frialdad estudiada, pareciendo regodearse en la situación de su ex marido, observándole allí fuera, en la forma tan humillada que había deseado tantas veces y, de manera muy especial, mientras el Pastor le saciaba cada noche entre sábanas hasta altas horas de la madrugada *-¡Así que lárgate de una vez y recuerda cómo tendrás que elegir entre pagarme o volver a la cárcel!-*

-Esther, tiene que haber algo intermedio. Sentémonos con tranquilidad y analicemos cómo hacerlo. Verás, yo quiero...-

-¡No creo ni una palabra de ti, Will! ¡Ya no! El engaño forma parte de tu forma de vivir y conmigo ya no te sirve. Saca el dinero de donde te venga en gana, tampoco te preguntaré la procedencia, pero lo quiero contante y sonante ¡Y ni un minuto más de la hora fijada por el juzgado! De no ser así, mi abogado mandará que una patrulla te detenga y ya sabes cómo te aguarda el juez para meterte un paquete de los que le gustan con tipos como tú-

-¡He cambiado, Esther, créeme. Y podemos llegar a un acuerdo beneficioso para los dos y los niños...!-

-¿Los niños? ¡Jamás los verás, Will!- Esther respondió esta vez enfurecida y empleándose su hermano en pararle los pies con tal de que no se acercase a su ex *-¡Eso que te quede claro. Si soy inflexible en lo referente a la pasta, en el tema de los niños imagínate. Así que ni sueñes con tenerlos a un palmo de tus puercas manos!-*

-Creo que me corresponde...- Will intentó calmarse, mantenerse en un tono exento de exasperación; cosa que consiguió a duras penas en el momento de mencionar las intenciones con sus hijos.

-¿Corresponderte? ¡Nada de nada! ¡ Ni un segundo! ¿O ya no recuerdas el trato que les dabas?-

-Bien, reconozco que no he sido un padre blando...- Will incluso llegó a dejarle a ella la iniciativa, aun sabiendo que exageraba y mucho con respecto a la realidad de sus vidas juntos, prefiriendo concederle el beneficio de bajarse, literalmente, los pantalones y él asumir en cierta medida su acusación sabiendo no tenía fundamento alguno de ser veraz conforme había ocurrido en sus días familiares.

-¿Cómo te atreves a hablar así? ¡Haz memoria, Will, y vuelve a los días en los que no sólo me martirizabas a mí, sino también a ellos! ¿Qué culpan

tenían? ¿Acaso tus celos también les incluían? ¡Tus castigos severos no sólo les dolían sino que les han dejado hasta cicatrices...!-

-A los chicos hay que enseñarles modales y...- Will se aguantó las ganas, y más observando al bobo del hermano con los puños cerrados y el gesto fiero, entrando al trapo del juego sucio de Esther llevando las cosas a extremos que no podía ni imaginar llegasen.

-¡Sí, claro, Will, lo mismo que tu padre a ti. Seguro que con un revólver en la sien cuando hacías algo inapropiado!-

-¡No le puse ningún revólver a los chicos, mujer, sólo les castigaba duro!- Will pareció flaquear en su intento de no perder la compostura y el tono subió a un límite peligroso para sus intereses y amenazaba con romper ese momento de, al menos, diálogo con su esposa.

-¡Pues poco te faltó para hacerlo y en cuanto a los castigos piensa si un padre puede azotar a un hijo durante minutos hasta desollarle la espalda!-

-¡Exageras, Esther, y no fue así! Sólo me pasé un poco y...-

¿Un poco? ¡Olías a whisky y a zorra de burdel aquella noche! ¿O no te acuerdas? ¡Volviste sin poder sostenerte y, después de darme la paliza nocturna acostumbrada y hasta romperme un diente, tomaste como una amenaza que el niño te lo echara en cara!-

-¡No, por supuesto que no fue así! ¡El niño se abalanzó sobre mí y empezó a golpearme con una lámpara y...!-

-¡Era un niño, Will; ¡Un niño! ¿Lo recuerdas? ¡Y defendiendo a su pobre madre sangrando con los labios partidos y un diente sobre el suelo del puñetazo que me diste!-

-Sólo fue un empujón ¡Qué exagerada te pones! ¡Además recuerda cómo estaba fuera de mí al escuchar cómo comenzaron las habladurías de que el Pastor andaba ya detrás de ti, y tú consintiéndolo!-

-¿También exagero con lo que le hiciste el niño? ¡Abofetearle, tirarle por las escaleras, pisarle la mano, quitarle el pijama, sacarte el cinturón de los pantalones y azotarle la espalda hasta que la sangre empezó a manar y trozos de piel cayeron al suelo!-

-¡Sólo hice lo que mi padre me habría hecho! ¿Te enteras? ¡Hay que corregir con dolor, Esther! Si no, observa cómo están los niños hoy en día. Sólo fue un correctivo sin mala intención y seguro que aprendió la lección porque, desde entonces, jamás me volvió a levantar la mano. Y, si te digo la verdad, me contuve porque el mío me hubiese pegado hasta que los huesos de la columna hubieran asomado ¿Te enteras? ¡Sí, señor, hay que educarles con temor!-

-¿Temor? ¡Claro que sí, Will, has dicho tu palabra favorita! ¡Eso es lo que te gusta que los demás sientan por ti! ¡Mucho temor! Y es lo que nosotros, tus hijos y yo, sentíamos cada instante que permanecías a nuestro lado. Recuerda cómo llegaste a sacar esa enorme pistola, que parece querer más que a nada en el mundo, y me la pusiste bajo la barbilla delante de ellos. Cómo sonó el “click” y los chillidos de nosotros junto a tus carcajadas al tenerla sin balas. Lo hiciste para disfrutar del temor que sentíamos por ti ¡Eres un miserable, un monstruo, alguien que la sociedad debería aniquilar por el bien de todos!-

-¡Por Dios, querida, no tienes sentido del humor! Entiéndelo. Sólo fue un juego, cariño...pero, bueno, tengo que reconocer de mal gusto e impulsado por lo que seguía escuchando de ti y el Pastor-

-¡No me digas cariño! ¡Te odio, Will!-

-Yo a ti no, Esther. De verdad, te sigo queriendo y debes saber que te perdono lo del Pastor. Podemos volver...-

-¡Antes muerta, Will! ¡Olvídame de una vez y continúa tu camino criminal en este mundo! ¡Pero no junto a los niños y a mí!-

-¡Querida, sabes que jamás os haría daño! Aquello de la pistola, en fin, creo que estuve desafortunado. Tal vez, no recuerdo bien, me tomaría más copas de las habituales, o me metí algo de coca, o anfet, o vete a saber. Eran otros

tiempos, cariño, ahora soy otro hombre. Podríamos vivir de nuevo juntos, tú, los niños y...-

-¡Sobre mi cadáver, Will! ¡Desengáñate, porque eso jamás ocurrirá!-

-No seas tan cruel, Esther ¿Ya no recuerdas cuándo...?-

-Sí, Will, sí me acuerdo y muy bien, pero no de eso que ibas a decir y que tanto repites. Pareces un disco rayado con momentos que tuvieron lugar hace mucho tiempo y en circunstancias que -tú mismo debes recapacitar- al poco de empezar nuestra relación jamás fueron iguales. El Will que conocí duró lo que una pompa de jabón ¡Arrodíllate y laméntate, pide perdón a Dios por las palizas que me dabas, por los celos infundados que te obsesionaban..!-

-No digas esas cosas, cariño, recuerda que...-

-¡Sí que me acuerdo, Will! ¡Y de todo! Sólo que de esas veces que salía a patadas de esta misma casa después de los tirones de pelo, las bofetadas, los puñetazos en el vientre, los dos abortos por esa causa, las heridas de tus uñas clavadas, y hasta aquella vez que me pisaste el cuello justamente donde te encuentras ahora, mientras intentaba pedir auxilio sin que nadie hiciese nada por remediar tu ira contra mí. Por lo tanto, Will, da media vuelta, sube a esa lata oxidada que tienes por coche y regresa a tu mundo putrefacto. Sabes que eres carne de presidio y, tarde o temprano, terminarás con tus

huesos en una celda de aislamiento donde te dejarán una hora al día para que puedas dar unos pasos y caminar sobre el hormigón que será tu compañero hasta que tu corazón deje de latir. Adiós, Will, y no demores el dinero o ya sabes las consecuencias. Por cierto, recuerdos del Pastor Greene ¿Sabes? ¡Cada noche rezamos juntos, muy juntos, por ti!-

Will Moore había escuchado aquellas palabras sintiendo cómo su colofón constituía una declaración de guerra en toda regla. Por un momento -en tanto obedecía a su ex mujer y apesadumbrado regresaba sobre sus pasos hacia el coche, luego lo arrancaba para a continuación acelerar con furia desmedida quemando rueda- había pergeñado en su imaginación algo parecido a un ajuste de cuentas a la antigua usanza: echando mano de todos sus compañeros de banda y, armados hasta los dientes, entrar en comando en la casa y freír uno a uno, empezando por el hermano, luego con la suegra y, finalmente, él mismo observar el rostro aterrado de Esther mientras le pedía clemencia para que no le descerrajara a quemarropa un disparo en plena frente haciéndole un agujero tan grande como su puño.

Will se deleitó -al mismo tiempo que conducía- con esa imagen; casi oliendo el inconfundible olor acre de la pólvora saliendo del colosal cañón de su Magnum 357, tras salir expulsada la bala con la que llegaba al éxtasis imaginando la cabeza de su ex hecha fosfatina. Un odio furibundo le recorrió cada átomo de su cuerpo, se enseñoreó en toda su extensión y, de tenerle cerca en ese instante, sus propias manos acabarían partiéndole el cuello de un solo apretón hasta oír ese macabro, y para él familiar, sonido al quebrarse las vértebras que había experimentado varias veces con chicas de las que gozó antes violándolas, tras raptarlas, después conducir hasta aledaños de arrabales

y allí concluir su tarea asesina abandonándoles tiradas en la cuneta.

Sólo le sacó del desatino, del etéreo mundo de fantasía donde había permanecido segundos disfrutando de una venganza fría y calculada, en cuanto el coche quedó aparcado junto al garaje que, aparte de negocio, hacía las veces de efímero y maloliente hogar. Esther le había quitado todo y ni siquiera tenía unos pavos para pagarse un sitio donde dejar caer sus más de dos metros, o en el que darse una ducha caliente en condiciones, o bien hacer sus necesidades fisiológicas con la suficiente comodidad e higiene. Eso lo llevaba fatal pero mucho menos que su negocio anduviese hundido, comido por las deudas, la hipoteca del local, las facturas pendientes de la luz, el agua, teléfono, impuestos sin pagar y, sobre todo, las de la empresa que le proveía de los útiles propios para poder reparar vehículos.

No obstante aquellos pesares, todo era susceptible de empeorar y no tardó demasiado en tener constancia de su propia seguridad en ello nada más observar cómo un tipo de voz atiplada le habló circunspecto; a quien observó vestido de riguroso oscuro con una ridícula corbata salida de alguna película con olor a naftalina y zapatos acharolados que daban grima.

-¿Señor Moore?-

-Sí, soy yo ¿Qué quiere?- Will respondió mosqueado y olisqueando en la actitud de aquel tipo, de olor a viejo, serios problemas que parecían sumarse a los que ya padecía.

-Me alegro de encontrarle y también conocerle, aunque sea en circunstancias un tanto desagradables, si me permite usted la expresión- habló el hombre aparecido de la nada con educación y sin mover una pestaña, cuadrado de manera marcial y con una dicción propia de un profesor de universidad.

-¡Vamos a ver, amigo! ¿A qué viene ese comentario?- saltó Will enseñando los dientes, sin concederle el menor margen al tipo y dando por sentado que su misión con él escondía un ánimo recaudador *-¡Estoy limpio! ¿Sabe? Soy un honrado ciudadano que abona cada año sus impuestos al Fisco y, que yo sepa, las multas están todas pagadas y bien pagadas-*

-Me temo, señor Moore, que no es ese el motivo de mi vista hoy a su taller- no se sintió aludido el individuo y, haciendo gala tanto de educación como de buenos modales sin darle importancia al tono de enemistad de Will, le contestó hasta ofreciéndole una sonrisa comprensiva.

-¿Hacienda?- Will soltó aquello de una manera que pareció menos ofensiva y hasta dispuesto a rebajar el tono y hacerlo más amigable, dado que cuanto había dicho antes era una colosal mentira y debía varias liquidaciones de impuestos a las que no había podido hacer frente *- Oiga, verá, ya estuve anteayer en las oficinas y quien me atendió me aseguró que me retendrían los requerimientos un par de semanas. Les dije que para entonces tendría la pasta y me respondieron que en ese caso me concedían la prórroga ¡Joder! ¡Estoy harto de tanta persecución por dos mil míseros pavos! ¿Qué es eso para el Tío Sam? Siempre he pagado sin faltar un semestre, hasta el último centavo y las liquidaciones están fetén ¿Sabe? Tengo contratado los*

servicios de un tipo tan engominado como usted, aunque con una napia mayor que la suya, que es una máquina para las declaraciones de impuestos y no comete jamás un fallo. Además bien garantizado, no crea. Para eso le suelto doscientos cincuenta dólares del ala a ese cabronazo-

-Bien, señor, no dudo tiene usted un cuidado especial con nuestros compañeros de Hacienda, sin embargo mi presencia hoy aquí es para otro tema. Y muy lamentable, desde mi personal punto de vista por supuesto, al constatar cómo se trata de un ciudadano preocupado por contribuir a la riqueza de nuestra sociedad aportando sus impuestos y...-

-¡Oiga, no me vacile! ¡Escupa lo que sea y déjese de rodeos, joder!- Will volvió de inmediato a su pose inicial, casi de burla, teniendo ya constancia de que el tipo no pertenecía a los mamones de Hacienda.

-Sí, claro, confieso que a veces me extralimito en mi tarea y me desvío del fin para el que me envían mis superiores del juzgado-

-¿Juzgado? ¡Maldita sea...!-

-Sí, señor Moore, siento de verdad comunicarle que vengo a entregarle este documento mediante el cual queda enterado de que se ha procedido al embargo preventivo de sus propiedades y, en concreto dado que sólo posee este taller, tanto éste como todo lo que contiene en su interior sea profesional o personal-

-¡Esa zorra, su madre, el hermano, juro que les voy a...!-

-¡Alto ahí, señor Moore! Le ruego reserve los comentarios para sí mismo y, teniendo en cuenta que este acto es inamovible, por favor colabore dejándome colocar el precinto y el oportuno aviso. En su defecto, y no crea que es una amenaza, me veré obligado a informar a mis superiores y entonces...-

-Ya, ya, y entonces esos perros sarnosos, esos..., vendrán, me molerán a palos, me pondrán las esposas y me meterán en un calabozo. No siga que conozco bien el procedimiento ¡Hijaputa, por ella me veo así. Es una...!-

-Señor Moore, hágame caso y asuma cómo no puede hacer nada por evitar todo esto. Relájese y acuda a familiares o bien amigos que le puedan echar una mano-

-¡Familiares, amigos, que les den por el culo!-

-Hombre, tenga humildad, tenga paciencia, confíe en que todo se arreglará de alguna forma y encontrará el camino y...-

-¡De sermones estoy hasta los huevos y de sermoneadores mucho más, así que cierre el pico que no estoy para consejos!-

-De acuerdo, si así lo quiere-

-¡Un momento!-

-Dígame, señor Moore-

-¿Podría darme un día más?- Will, bien acorralado, hasta perdió de nuevo la dignidad y pareció querer por un momento arrodillarse para suplicar y su tono de voz fue evidente en ese sentido -Quiero decir que necesito terminar algún trabajo para cobrarlo y también dormir esta noche y todo eso. Si me diese ese plazo, pues podría capear el temporal y...-

-Lo siento, señor Moore, pero ya conoce cómo de implacable es todo esto- el funcionario judicial le ofreció por un lado una mirada compasiva pero, al mismo tiempo, una respuesta ajustada a derecho; fría, distante y demoledora para Will, quien le dejó ver su desesperación pasándose las dos palmas de las manos por el rostro y luego bajando la cabeza, ofreciendo un aspecto de derrumbamiento total de su ánimo.

-Oiga, tanta palabrería, tanta conmisericordia en sus palabras y le pido un día, un puto día y se me pone a la defensiva ¡Joder!- Will, remontando el mal momento y de nuevo mirándole a los ojos, argumentó con cierta vehemencia.

-No puedo hacer nada, señor, entiéndalo. Soy un simple funcionario, no muy bien pagado, tampoco demasiado bien tratado pero, incluso así, estoy obligado a cumplir mi deber de despojarle de cuanto posee-

-¡Hay que tener estómago para hacer ese trabajo de usted, amigo! Yo, en su lugar, mandarí­a al carajo a esos hijos de puta del juzgado-

-Eso se dice fácil pero hacerlo es complicado, en especial cuando se tiene mujer y cuatro hijos que alimentar y, sobre todo, reunir el importe mensual de la hipoteca de la casa que terminaré de pagar una vez cumpla los ochenta años, si es que llego, claro está; aunque por mis continuos achaques más bien serán mis hijos a quienes les tocará coger el testigo, siendo entonces ellos los esclavizados-

-Eso está bien pensado, pero le advierto que también puede que cualquier día se encuentre con un tipo más bragado que yo y le meta un tiro en la barriga y así se libre de pagar esa hipoteca- le soltó Will jocoso en esta ocasión, aunque su comentario tétrico no hizo demasiado bien en el ánimo de aquel hombre.

-Por favor, señor Moore, no diga esas cosas-

-¿Por qué no, joder? Mírelo desde el lado positivo de que no tendrá que pagar más los recibos de la jodida usura creada por cacos de cuello blanco. Piense en las caritas de esos gerifaltes del Banco cuando reciban la noticia-

-Se equivoca, señor Moore; ya le he dicho cómo mis herederos tendrían que hacer frente al pago de igual forma-

-¿Sí? No me diga. Recuérdeme que nunca pida una de esas hipotecas que anuncia la tele con una pareja sonriente-

-Señor Moore, no es que esta conversación me incomode pero debo decirle que ha de concluir y por mi parte proceder al precinto-

-¡Pero bueno, deje ya el precinto, el juzgado y toda esa mierda, hombre! Míreme, observe cómo me encuentro ¿Me ha visto llegar en el coche? ¿A que parece que de un momento a otro se deshará en pequeñas piezas metálicas o pegará una buena explosión en medio del asfalto? ¿Sabe por qué estoy así? Por esa hijaputa de...-

-Me hago cargo, señor-

-¡No diga sandeces! Usted no se hace cargo de nada y menos de mi, como dice usted, lamentable situación. Si tan desastrosa la ve, dígame por qué no hace nada más que balbucear ahí delante con esa vocecilla sin tomar una decisión que me demuestre cómo es un hombre que se viste por los pies y no un amanerado con el culo pegado a una silla delante de un ordenador desde que amanece sin criterio, sin una muestra de coherencia con la que tratar los asuntos que son de su incumbencia-

-No me insulte, señor Moore-

-¿Insultarle? ¡No, hombre, no! Sólo trato de sacar de usted una pizca de humanidad ¿No ve que estoy en la indigencia? ¡Sólo le pido unas horas, joder! ¿Es tan complicado para usted concedérmelas? ¿Van acaso a sacarle a patadas del trabajo?-

-Podría abrírseme un expediente disciplinario, señor, y en toda mi carrera no he tenido jamás algo parecido. Mi hoja de servicios está immaculada-

-Ya se ve; igual que su camisa, que su corbatita pasada de moda, esos zapatos que su mujercita habrá estado lustrando un buen rato antes de salir esta mañana y usted se los va frotando contra la parte trasera de sus pantalones, que por cierto le quedan bien cortos- Will, agobiado por las circunstancias, cruzó la línea de la debida educación y se lanzó a la yugular del hombre para ridiculizarle de manera deshonrosa.

-Deje de atosigarme, señor Moore-

-¿Atosigarle? ¡Sólo le estoy pidiendo un salvavidas, amigo! ¡Maldita sea! Sólo una mano que me saque por unas horas del lodazal donde me he metido yo solito, aunque ayudado por esa puta del demonio de mi...-

-Conténgase y serérese. Entiendo cómo está en un apuro serio y siento mucho tener que ser yo el ejecutor de esta orden que, le confieso, aprecio injusta-

-¡Vaya amigo! Por fin ha decidido sacar su lado más humano y quitarse esa careta de reptiliano que emana su fría mirada-

-Por favor, no haga juicios de valor que no se acercan a la realidad-

-No es nada de lo que dice, amigo, sólo es lo que siento al verle, al mirarle, al observar cómo camina, cómo habla, cómo afronta este asunto- Will, gesticuló remedándole y andando unos pasos de un lado a otro imitando la forma de aquel hombre; quien parecía sobrepasado por el asunto que le había llevado en tiempo y hora hacia aquel lugar.

-De acuerdo, entienda que en mi trabajo debo mantener asepsia en el trato con las personas que son embargadas-

-Eso de la asepsia no tengo idea de lo que es, pero me temo que no es nada bueno para mí-

-Quiero decirle, señor Moore, que debo aislar mis sentimientos personales. Si no, imagínese todo el día embargando y escuchando historias mucho más tenebrosas que la suya, aunque sí muy común de mujeres que dejan a sus ex maridos al borde de la ruina-

-¿Al borde? ¡Amigo, no se ha enterado! Yo estoy ya en esa ruina que dice. No tengo un pavo y, lo que es peor, dónde acudir en busca de ayuda ¡Vamos, deje que sus sentimientos esta vez sean más fuertes que su obligación! Así podrá dormir esta noche mejor, sin que se acuerde de mi cara de negro acorralado, arrinconado, y a punto de cometer una barbaridad-

-No piense en esas cosas, señor Moore. Ya le digo que tenga fe-

-La perdí hace mucho tiempo, amigo, en Dios y también en el hombre. La prueba palpable es usted mismo, para quien soy sólo un expediente que tramitar sin falta, un precinto y un papel que dirá que se me ha quitado cuanto tenía en este mundo ¡No, señor, no me pida fe!-

-Estoy decidido a que la recupere, señor Moore-

-¡Oiga, amigo! ¿Qué quiere decir con eso?- Will preguntó aquello vislumbrado un rayo de esperanza entre la respuesta escuchada y también la expresión de aquel hombre, quien en su interior luchaba de manera encarnizada contra su obligación última, dudando si cumplirla al pie de la letra y hundir aún más a un semejante.

-Escúcheme, señor Moore, he decidido hacer lo que me pide y permitir a mi criterio prevalecer frente a mi deber. Voy a permitirle esas horas, pero luego debe tener en cuenta cómo habrá de acatar lo que este documento dicta-

-¡Sí, señor, esa fe parece que vuelve. Usted dirá!- respondió sonriente Will, a quien dieron ganas de abrazar a un tipo que, hasta ese justo momento, hubiese aplastado como a una cucaracha.

-Señor Moore, le doy de plazo hasta mañana a esta misma hora. Podrá hacer uso del taller, su contenido y también podrá descansar y asearse si lo necesita. Pero recuerde que, pasadas esas veinticuatro horas, deberá abandonarlo y este precinto lo colocaré sin más prórrogas-

-¡Gracias, amigo! Desde que le vi con esos zapatos acharolados supe que era una buena persona. Me recordaba a mi pobre tía Louisse, que Dios la tenga en su Gloria, a la que le apasionaban así los zapatos ¿Sabe? Y es que era todo bondad; hasta que encontró a mi tío en faena con una vecina en su propia cama y les prendió fuego allí mismo a los dos. Ya lo creo, señor, así era mi tía. Todo un personaje ¿No cree?-

-Y que lo diga, Moore, de armas tomar-

-Bien, lo dicho, gracias de nuevo y siempre tendrá en mí un amigo-

-Por favor, señor Moore, le ruego de manera encarecida guarde la máxima discreción respecto a nuestro acuerdo y procure pasar desapercibido en el plazo que hemos acordado-

-Pierda cuidado que cumpliré sus consejos en esta ocasión- concluyó Will de mejor humor la conversación con el funcionario, a quien parecía haber conchabado gracias a su particularísimo parloteo y logrando ese plazo en el cual poder reaccionar ante lo que se le echaba encima. Observó cómo el hombre, con su peculiar forma de andar dando pequeños saltitos con los brazos pegados a su cuerpo y estáticos aquéllos sin una pizca de movimiento, en silencio dobló la esquina para desaparecer de su vida; al menos, de momento.

Will se volvió hacia la oxidada puerta de acceso a su garaje y abrió con la llave que parecía no hacer falta si se tenía en cuenta el tembleque del pestillo, el cual había tenido mejores días, aunque era algo que no le preocupaba puesto que el barrio donde estaba era su territorio y los delincuentes habituales de la zona jamás se les ocurriría robarle ni siquiera un paquete de tabaco; so pena de recibir en justa correspondencia una bala de su Magnum en plena frente sin más miramientos.

Tras cruzar el umbral de entrada, Will echó una mirada a lo poco que le quedaba: apenas unas herramientas compradas de segunda, o tercera mano por las que le darían algunos pavos, utensilios para elevación de vehículos escacharrados por los cuales tendría que rogar para que alguien se los llevase y venderlos como chatarra y, sin saber qué hacer con él, un viejo Ford al que le faltaba el propio motor y por el que podría sacar apenas unos pocos cientos. Tuvo claro que ese no era el camino y sí el que su mente le ofreció imágenes a modo de caleidoscopio, cuya protagonista era Esther ¡Sí, señor! Pensó para sí, esa puta zorra debía recibir su merecido por el daño que le estaba haciendo, aunque no sabía aún cómo. Pero eso era algo de lo que se

iba a encargar; y muy pronto.

CAPÍTULO III

Peter Bobinski conducía rumbo a la vista en el juzgado que le aguardaba con el tiempo justo, lo cual y tal como él mismo reconocía era una tan indecorosa como incómoda costumbre desde sus años de letrado novato; por lo que este hecho le había acarreado más de una amonestación -aunque fuera un simple

tirón de orejas cariñoso- de jueces estrictos en el sentido de comenzar los pleitos a la hora exacta señalada en la oportuna citación.

De cualquier forma, no tenía demasiado temor a que le pusiesen la cara colorada y en particular porque confiaba en los quinientos treinta caballos de potencia del Quattroporte, lo que confirmó por la autopista por donde circulaba pisando de manera a conciencia el acelerador y el motor V8 rugió como fiera alcanzando en apenas unos pocos segundos los ciento noventa kilómetros por hora sin miedo a las multas gracias a que tenía el privilegio de hacerlas trizas al recibirlas por correo certificado, jactándose en público además de cenar cada sábado por la noche con el jefe de policía de la ciudad. Incluso así, tuvo que quitar el pie un poco y dejar la marcha al borde de los ciento cincuenta cuando divisó más adelante un coche patrulla circulando con las luces encendidas y con una velocidad que le alertó de que algún accidente se habría producido y aquél se dirigía para cubrir el atestado o bien auxiliar a los heridos.

Si había reducido la marcha de manera sensible por ese hecho, tuvo a regañadientes que volver a hacerlo y esta vez porque a unos kilómetros observó los intermitentes encendidos en señal de advertencia de los vehículos parados en una ristra interminable que se perdía en el horizonte. Peter maldijo cuando observó, en la pantalla de doce pulgadas del navegador, la hora que era.

Calculó rápido y supo que disponía de escasos treinta minutos para ponerse delante del juez Fleetwood, un tiquismiquis de mucho cuidado que hasta pasaba revista a los abogados como si un sargento cuartelero se tratase. Tenía

fama de haberse cargado alguna carrera profesional y de tener un humor de perros cuando escuchaba cualquier comentario soez que le incomodaba. Y no digamos en lo referente a la puntualidad, comprendiendo Peter estaba en un aprieto enorme y sin posibilidad de abandonar la autopista sintiéndose emparedado entre miles de vehículos distanciados por centímetros y sus ocupantes al borde de la histeria; componiendo la estampa un siniestro fotograma formado por acero, caucho y alquitrán ardiente.

Tras unos eternos minutos de desesperación, en los cuales no se movía una micra el atasco, pareció comenzaba de manera tímida a ofrecer esperanza de que se recompusiese el tráfico; lo cual fue un espejismo al tan sólo avanzar unos cientos de metros. De nuevo la calma chicha, el olor de los gases expulsados por los tubos de escape y los móviles de igual forma echando humo en los habitáculos mientras sus respectivos propietarios iban alertando a sus empresas, familiares o amigos con quienes tenían citas, de aquella circunstancia inesperada y frustrante en medio de la nada.

Peter, quien desechó la idea de utilizar esa forma de advertir su retraso al juzgado conociendo a Fleetwood como malpensado, observó por el espejo retrovisor cómo un coche patrulla se abría paso a duras penas a base de sirenas y luces. Una vez llegó a su altura y tras echarse unos centímetros a la izquierda para que pudiera pasar, pulsó el botón de la apertura de la ventanilla y una vez abierta se dirigió al agente que iba de copiloto.

-¿Qué ocurre ahí delante? ¿Algún accidente?- preguntó dando una voz para llamar la atención del policía.

-No, amigo, es un camión cisterna. Ha volcado y la autopista está cortada- respondió el agente que viajaba en ese lado del vehículo policial.

-Oiga y ¿Cuánto...?-

-Cálmese- le interrumpió el agente con una media sonrisa *–Esto va para rato. Hasta que no llegue el camión grúa es imposible. Pesa toneladas y poco podemos hacer al estar atravesado en los carriles-* concluyó el parlamento en cuanto el coche patrulla logró esquivar los vehículos que Peter tenía delante y enfilar algo más desahogado el camino, dejándole con una sensación de impotencia difícil de asumir.

Había tenido días difíciles pero ninguno como aquél y los dos obstáculos apenas podía encontrar cómo salvarlos, aunque de repente comprendió cómo un rayo de luz aparecía en la sombría jornada al caer en la cuenta de que el navegador del vehículo señalaba parpadeando una salida quinientos metros más adelante. Se sintió salvado, al menos del juez Fleetwood, y luego ya pensaría como salvar el otro escollo más peligroso para el que tendría que recurrir a gente poco recomendable, fiable y, bien lo sabía, de la peor calaña. Pero eso podía esperar y sólo necesitaba ganar ese tiempo para, tras la vista, dedicárselo en su totalidad hasta prepararle una sorpresa a su competidor en forma de una bala del treinta y ocho en la sien.

No obstante, esa alegría momentánea por haber dado con la clave para salir del infernal atasco, se desmoronó en un abrir y cerrar de ojos al comprobar de

qué desvío se trataba y también comprender cómo ningún vehículo que circulaba por delante lo tomaba si, como podía comprobar de manera palmaria, estaba expedito. Peter dio un puñetazo al volante y luego golpeó cabreado el cristal con su cabeza hasta dejar que otro de los conductores contiguos se quedase con la boca abierta al verle en esa actitud, rayana con la demencia.

Sin pasar a mayores el brote de psicosis sobrevenida, Peter se recompuso como pudo y su cabeza comenzó a hacer cálculas, valorando las alternativas. Tras unos momentos de reflexión, en los que hizo balance de pros y contras de tomar la salida proscrita por todos, decidió que asumiría el riesgo y se desviaría tomando el ramal que llevaba cruzando el East End hasta el centro de la ciudad.

Por tanto, desechó las advertencias claras de la policía -además de su propia experiencia al tener contacto continuo con maleantes- en el sentido de que estaba tomado ese lugar por gentuza perteneciente a bandas criminales que campaban a sus anchas con patente de corso. Nada ni nadie les había podido parar los pies y recordaba cómo un congresista había apuntado la idea de que la misma Guardia Nacional se encargase de patrullar la zona, la cual parecía más de guerra que de un simple suburbio de la ciudad, pareciendo ajena a lo que ocurría y los poderes fácticos se habían desentendido por completo de dotarla de un mínimo de seguridad hasta para sus pacíficos residentes: gente humilde, pobres diablos castigados por la injusticia de la desigualdad abocados desde la cuna a la pobreza, quienes convivían con esa caterva de facinerosos dispuestos a todo sin nada que perder y cuyas amenazas constantes a los desvalidos vecinos les salían gratis.

Minutos después y bajo la mirada de perplejidad de los conductores tanto precedentes como siguientes, Peter hizo rugir una vez más al V8, llevándolo a las seis mil revoluciones y en un periquete tomó la salida dejando de manera fulgurante ese atasco que estaba a punto de hacerle saltar del asiento sin tener que descubrir el techo corredizo de su joya de cuatro ruedas.

Puesta tierra de por medio, sus nervios se destensaron, se acomodó en el asiento deportivo que le sostenía los riñones en los virajes a la perfección y, sin más compañía que las líneas del tren que corrían paralelas a la carretera, hundió el pie dejando que el cambio automático reaccionara hasta llegar a la octava marcha en la que el poderoso motor pareció dormirse y el habitáculo quedar sumido en un silencio profundo sólo alterado por la música de Gustav Mahler, la cual Peter había seleccionado utilizando los comandos de voz que el ordenador recibió presto.

Todos sus temores se deshicieron como un azucarillo. El sol brillaba, el atasco había quedado atrás y la carretera, hasta donde alcanzaba la vista, limpia de vehículos y, de paso, de policías al acecho de conductores sobrepasando los límites de velocidad. No podía ir mejor la aventura y, confiado, decidió llevar al motor a su estado natural, haciéndolo encabritarse tras activar el cambio manual y manejar él mismo las revoluciones haciendo uso de las levas tras el volante, apurando de esta forma al límite las marchas para alcanzar así una aceleración de circuito de velocidad.

Peter parecía levitar, sintiéndose tal como aquella gloriosa mañana de

Navidad cuando aún tenía los dientes aprisionados por un dichoso corrector bucal infantil, y encontró bajo el árbol el regalo soñado, el cual no era otro que una reluciente “Galaxy 3000” -la bicicleta más maravillosa del mundo- y, con la piel erizada, la desprecintó y acarició para luego montar en ella y recorrer el barrio una y otra vez con tal de que los chicos amigos tomaran nota de su nueva posesión.

Peter, volviendo a dejar en manos del ordenador del coche la conducción y el control de marchas, escuchó cómo la locución del navegador le advertía debía tomar el siguiente desvío hacia la derecha. Pensó no era problema alguno y, nada más divisarlo, decidió seguir el dictado del mapa digital y lo tomó sin incidencias. Enseguida el navegador le mostró una enorme recta hasta un núcleo vecinal, el cual parecía apenas un puñado de casas o, en su caso, alguna fábrica o nave industrial; lo cual confirmó a los pocos minutos y rebasó con toda tranquilidad, además sabiendo restaban tan sólo unos diez kilómetros para alcanzar el límite de la ciudad y, por lo tanto, de la civilización dejando atrás ese trozo maldito de tierra que era lo más parecido a una zona de exclusión en cualquier conflicto bélico.

Con el ánimo sosegado -a la vista de la soledad en la que continuaba el viaje y dando en voz alta un “Hurra” en el mismo instante que pudo ver las afueras de la ciudad- Peter apretó con decisión de nuevo el acelerador y vio los dígitos incrementarse hasta señalar los doscientos kilómetros por hora sin nadie que le amargase la fiesta, dado que el erial por donde circulaba apenas tenía trazas de núcleos de personas que optaran por pasar sus vidas en lugar tan aislado y, en cierta medida desde su punto de vista, tétrico.

En un momento dado, y al escuchar por los altavoces la advertencia de una señal de Stop a poca distancia, Peter decidió cumplir la norma puesto que era la más seria de todas y también la más arriesgada de saltarse por cuanto, hasta en aquellas soledades, podría aparecer de repente algún inepto para empotrarse contra su belleza sobre ruedas que conducía y, no sólo eso, sino también poner en riesgo su vida. A los pocos segundos se plantó ante la señal, frenó y observó la carretera hacia ambos lados. Una vez con la certeza de que no había inconveniente, se incorporó al ramal que, con claridad y sin apoyarse en el mapa digital del navegador del coche, le conducía directo a la ciudad.

Sin embargo, contra todo pronóstico y también oponiéndose a sus planes bien trazados para sí -de llegar en primer término con tiempo a la vista y así no exasperar al juez Fleetwood y, en segundo, poder encargarse con más sosiego de salvar la amenaza de su contrincante- Peter se alarmó cuando vio surgir de la nada un Cadillac de color frambuesa, con una hortera lista verde que le recorría en su totalidad de capó a portón trasero, ocupado por dos sujetos los cuales le ofrecieron una sonrisa forzada al saber que Peter les observaba por el espejo retrovisor.

En principio, y viendo cómo en lontananza estaba ya la primera de las avenidas de la ciudad, no le dio importancia al hecho y tan sólo tuvo que apretar de manera leve el acelerador y así puso distancia, si bien fue por poco tiempo puesto que el Cadillac, al que sus ocupantes llevaron al límite de su esfuerzo, se le acercó y en esta ocasión de forma amenazante a pocos metros de distancia.

Peter hizo ademán de mostrarles el poder del V8 y, de paso, salir cagando leches tal como él mismo se dijo a sí mismo acojonado de verdad ante el aspecto de dos sujetos negros persiguiéndole. Pero sólo fue una intención por mor de que el semáforo que tenía a pocos metros, primero de la ciudad que había alcanzado, se puso en color rojo y, por tanto, tuvo que respetarlo y detenerse. Aquella acción, que él mismo creyó inocente, fue una idiotez supina según su propio criterio en cuanto su cabeza fue parada por el respaldo del asiento, evitando así un buen latigazo cervical tras recibir un severo golpe por detrás.

Peter, recobrando el sentido tras su aturdimiento provocado por el impacto, confirmó había sido aquel Cadillac el culpable del sobresalto nada más observar a través del retrovisor cómo el capó de éste se encontraba todavía empotrado contra su coche. Tras esto, lo que hizo Peter a continuación ni él mismo se lo podía creer, teniendo en cuenta cómo conocía al dedillo las técnicas de esos tipos, pero fue superior su furia por el daño al Quattroporte que la prudencia debida en estos casos en los que la policía aconseja permanecer en el vehículo cerrado y, de ser posible, arrancarlo y continuar el viaje antes de ser víctima de su estudiada forma de actuar.

Precisamente cayó en ello Peter -recordando tarde esos consejos que llevaron la alarma a su entendimiento, ofuscado por el daño material sufrido- una vez puso el pie fuera de su coche y un tipo parecido a un armario de color negro se colocó delante de él y, antes de que pronunciara siquiera una vocal, le dio tal puñetazo en la barriga que le hizo escupir sangre sobre el asfalto, donde cayó redondo y luego comenzó a retorcerse de dolor; en tanto el otro individuo remató la faena con una patada en los riñones, la cual le pareció a

él mismo una caricia comparada con el primer gancho recibido en la boca del estómago.

-¿Qué te dije, Chris?- habló el armario negro, autor de tan violento golpe, a su compañero de fechorías y quien no tuvo tanta pericia con su patada; al menos para el criterio de Peter, en esos momentos casi anestesiado por el intenso daño del puñetazo que abrió la agresión tan cobarde como inesperada.

-De acuerdo, Joe ¡Joder, te daré esos veinte pavos! Aposté mal porque pensé que este pijo blanco no se bajaría del coche. Reconozco que me he equivocado- respondió el otro tipo, tocado con un grotesco sombrerito y con los lóbulos de las orejas perforados de manera exagerada y, en éstos, sendos brillantes falsos a leguas.

-Ya lo creo, tío. Sólo tuve que mirar su coche ¿Lo ves? Recién estrenadito. Estaba claro que sí porque era una apuesta que iba a ganar seguro. Ya te habrás dado cuenta cómo a estos mierdas tan trajeados les duelen más sus juguetes sobre ruedas que su propio cuerpo, así que no fallé porque sabía se bajaría sólo por ver el daño a su queridísima posesión-

-¡Vamos, cabronazo, levanta de una puta vez ese culo blancucho!- le soltó a Peter el tal Chris, bien mosqueado por los veinte pavos que le debía a su compinche, en tanto le pateaba con fuerza los muslos sin que aquél se quejase por miedo a recibir algún golpe más. De esta forma se incorporó como pudo y, antes de que pudiese dirigirse al bravucón, éste le lanzó un directo al ojo derecho que, de inmediato, hizo que la ceja de ese lado se abriera en canal y

la sangre rociara al negro; quien pareció enfadarse más al ver cómo le manchaba su impoluta camiseta blanca con un puño cerrado y la leyenda “Poder negro” ocupando en su totalidad el centro de ésta como seria advertencia.

Peter cayó de espaldas, noqueado como un vulgar luchador sonado de tercera, quedando despatarrado sobre el asfalto y con una brecha en la parte posterior de la cabeza causada por el golpe al caer. Eso no fue óbice para que el otro negro la tomara con su cabeza y le arreara tal puntapié en la boca que el labio inferior se abrió y comenzó a sangrar formando un reguero que se unió al que manaba desde la nuca.

-Ya te lo advertí, tío- dijo Joe con una carcajada precedente- Este mariconazo es un blandengue. Mírale, ni siquiera ha aguantado un mísero asalto. Así que me parece bien esa patada de castigo porque se la merece; él y toda su puta casta-

-Y que lo digas. Bueno, venga, a ver qué tiene por ahí- respondió el compinche en tanto ya los dos iniciaron la búsqueda de pertenencias, quitándole en primer lugar el teléfono móvil, luego dos anillos, el exclusivo reloj Hublot regalo de Sharon al graduarse, la cadena de oro que llevaba al cuello con un crucifijo y sin dejar atrás la cartera, la cual extrajeron del bolsillo interno de la chaqueta.

-¡Coño, Chris!- se sorprendió Joe –Este tío lleva un traje de Armani, zapatos de diseño, camisa de seda y sólo trescientos pavos en la billetera-

-Sí, tío, estos cabrones forrados no llevan encima más que calderilla- habló Chris rebuscando en la cartera en busca de algún pavo que se quedara rezagado.

-¿Tarjetas?- preguntó el otro.

-Aquí está y es Visa Oro. Así que tenemos el botín. Vamos, abre el capó y tráete la garrafa de agua. Se la echaremos y así despertará de una vez- Chris obedeció y al momento estaba derramando sobre la cara de Peter más de tres litros hasta que por fin volvió en sí, doliéndole todo el cuerpo y con un escozor terrible que le alertó de cómo se habían fajado los dos golpeándole y, en especial, el labio que apenas sentía y del que aún manaba abundante sangre.

-¡Oye, blanquito de mierda!- le habló Joe a Peter tomándole por la corbata y tirándole con tal fuerza que le puso de pie de una sola vez *-Tienes diez segundos para decirnos el número secreto de esta tarjeta-*

-¡Está bien! ¡De acuerdo! ¡Os lo daré! ¡Pero, por favor, dejadme marchar! En el cajero, al menos podréis conseguir mil dólares- contestó como pudo Peter con un dolor indescriptible en el labio y, de paso, notando cómo le crecía el chichón en la cabeza y hasta sentía cómo un hilillo de sangre partía de la nuca y se colaba tibio por debajo del cuello de la camisa.

-¡No hace falta que nos des lecciones! Y ya sabemos que tendremos esos mil pavitos. Pero queremos más ¿Sabes, hijoputa? Así que dinos también el número para desbloquear el móvil. Joe y yo tenemos unas ganas inmensas de comprarnos algunas cosillas por internet en cuanto llegemos a casa. Chucherías ¿Sabes? Vamos a renovar la casa, el vestuario y hasta tenemos pensado hacernos un viaje a tu costa ¡Mariconazo!-

-¡No hay problema!- dijo Peter cuando sintió la bocacha de un cuarenta y cinco en la mejilla izquierda, el cual había sacado sin caer en ello el otro negro aún con más ira que quien le hablaba.

-¡Venga, cabrón, sube al coche!- le ordenó y él obedeció de inmediato sin dejar de mirar el dedo en el gatillo del arma *-¡Y no se te ocurra darnos números erróneos o te freímos!-* añadió el tipo una vez Peter quedó sentado en el Cadillac, acomodado en el asiento del copiloto pero con evidente tensión, mientras el otro negro arrancaba el Quattroporte y al momento les seguía. De esta forma, condujeron unos minutos hasta que penetraron en el East End, zona que le puso aún más en algo parecido al pánico, donde la totalidad de la población era negra y su actitud con los blancos como él era de agresividad a la mínima excusa.

Tras recorrer tres calles, repletas de individuos ociosos en las aceras jugando a los dados o entretenidos en hacer canutos, llegaron a una galería comercial cuyo aspecto era algo más civilizado y donde, aparte de algunas tiendas, ancianas de movimientos torpes atareadas en sus compras, viejos fumando mientras otros leían el periódico en sus aledaños, se encontraba un cajero automático pintarrajeado en todo su contorno y con evidentes signos de

vandalismo por quemaduras y rayado de la pantalla. Hasta en ese estado deplorable, Peter comprobó cómo el funcionamiento era normal al ver a un individuo retirar algunos dólares sin incidencias.

-¡Vamos, escupe el número secreto de la tarjeta y recuerda lo que te he dicho!- le advirtió de nuevo aquel criminal, cuyo hedor le llegaba en oleadas teniendo su ventanilla abierta y provocándole a Peter casi una arcada al recibir una mezcla de sudor y fluidos corporales inclasificables pero de un olor fétido, el cual hizo que imaginase cómo sería la ropa interior del aquel individuo nauseabundo.

-De acuerdo, tranquilo, el número es fácil de recordar- habló Peter sin abandonar su acoquinamiento ante aquella mole negra y sucia *-Es el 1776-*

-¡Coño, blanquito!- exclamó su captor con una carcajada acompañando el gesto, aunque con una clara intención de burla tras escucharle *-De manera que eres todo un patriota-*

-Sí, claro, por supuesto. La fecha de nuestra independencia de la tiranía británica es para mí un orgullo recordar y...-

-Pero, bueno, bujarrón, hasta me vas a largar un discurso ¡Hijo de puta! ¡Cierra el pico!- cortó en seco el arranque patriótico de Peter, colocándole el arma entre ceja y ceja *-¡Una palabra más y te juro que apretaré el gatillo y tus sesos atravesarán el cristal del coche! ¿Entendido?-*

-No hay problema- se apresuró Peter a dejar clara su claudicación *–El número es exacto. Si lo marcan, podrán retirar el límite diario de la tarjeta-* añadió sin poder relajarse ante la cara de furia de aquel tipo, al que daba crédito hiciese lo que decía gritándole y despreocupado de que le escucharan en el exterior del coche; toda vez que pisaba su territorio y sin temor a que nadie de las pobres gentes inocentes, quienes no tenían más opción que residir en un sitio tan peligroso, se atreviese a mover un solo dedo por ayudar a su víctima encañonada y tratada con saña.

-¡Te he dicho que mantengas esa boca cerrada, maricón!- amenazó de nuevo el sujeto, llevando en esta ocasión la bocacha a sus testículos y apretando con fuerza, dejándola en esa misma posición mientras escuchaba a su cómplice colocado en la ventanilla del vehículo interesándose por el número secreto de la tarjeta.

-Marca 1776 y, si es falso, me haces una seña y le hago un agujero en los huevos a este mierda sobre la marcha- le dijo Joe a Chris y, en silencio, éste anduvo unos metros hacia el cajero automático. Luego colocó la tarjeta en la ranura y a renglón seguido marcó con cuidado el número indicado. Tras unos segundos, se volvió hacia el coche y con el dedo pulgar levantado hacia arriba hizo ver a Joe cómo todo iba bien. Éste contempló la escena, mientras sonreía, en la cual su compañero de crímenes contaba uno a uno los billetes y supo cómo tenían en el saco esos mil pavitos que les proporcionarían muchas alegrías.

-¡Chris!- llamó Joe a éste para que se diera prisa -¡Arranca el coche de este capullo y sígueme!- lo que hizo al pie de la letra y condujeron ambos de regreso hacia el lugar donde habían cazado a Peter, aunque algún kilómetro más cerca del núcleo urbano al sentirse seguros ambos dado que el tráfico era ínfimo y las oportunidades eran muchas para cerrar el trabajito que tenían entre manos. Dejaron los respectivos vehículos en el arcén, Joe sacó de mala manera a Peter del Cadillac y, tras darle una patada en el costado y luego levantarle, le llevó a punta de pistola hacia unos matorrales cercanos.

-¡De rodillas, cabrón!- ordenó Chris mientras Joe le endiñaba fuerte en el tobillo derecho con tal de que obedeciera sin rechistar -¡Y ahora dinos el número de desbloqueo del móvil!-

-¡El mismo! ¡Es el mismo que la tarjeta!- respondió Peter doliéndose del puntapié que añadieron a la pregunta, el cual fue directo a su pecho. No obstante, con fortuna y gracias a los suficientes reflejos, logró interponer las dos manos y aminorar el daño que pretendía uno de aquellos grandullones sin escrúpulos.

-¿Es así, Joe?- preguntó impaciente Chris, observando a su compañero teclear en el teléfono.

-¡Sí, tío, sí! ¡Lo tenemos! Nos están esperando esas compras y esos viajes a costa del hijoputa. Ahora, carguémonos a este mierda y salgamos de aquí a la carrera-

-*¡Nada de eso, tío!*- contestó Chris negando con la cabeza al tiempo que apartaba el arma, la cual Joe parecía tener intención de utilizar sin más demoras, nervioso por esnifar unas cuentas rayas de cocaína gracias a los mil machacantes echados al saco con tanta facilidad.

-*¿Qué? ¿Cómo? ¿Te ablandas, tío? ¡A este mamón blanco se le pega un tiro y a tomar por culo!*- Joe, bien exaltado, voz en grito, habló a su colega – *¡Estamos en casa, éste es nuestro territorio, podemos hacer lo que nos dé la gana con este cara pálida! ¿Acaso quieres dejarle con vida y que vaya corriendo a la pasma?*-

-*Tío, Joe, no hay que correr más riesgos. Sabes que ambos tenemos dos condenas y si nos pillan será la perpetua ¿Lo entiendes?*-

-*¡Coño, me estás dando la razón! ¡Mas a mi favor! ¿No crees? ¡Si dejamos un testigo, puede servirles a los polis lo que diga contra nosotros y...!*-

-*Espera y escúchame. Este tío no hablará-* cortó Chris las maneras furibundas sin desbaratar su tono de voz y, más bien al contrario, acercándolo a un susurro falso dada la carga de decisión que anidaba en su interior sabiendo al final impondría su criterio al del mastuerzo de su compañero de crímenes quien, si no fuera por la urdimbre de la amistad que mantenían desde que iban al orfanato, hacía tiempo le habría descerrajado en más de una ocasión un disparo a quemarropa y así librarse de sus continuas bravatas, torpezas y majaderías que constituían su escaso bagaje existencial.

-¡Escúchenme! ¡Les aseguro que no hablaré! ¡Por supuesto, créanme que...!- Peter, sabiendo cómo en esos instantes su vida -la cual valía menos que nada- pendía de un hilo, a la desesperada comenzó a expresar con voz temblorosa una tan patética como solemne declaración de intenciones que había estado mascullando en silencio con la mirada en el suelo, en tanto sus captores discutían su destino incierto y cuya síntesis era de un gran provecho para ellos. Por descontado, en aquélla incluía -como no podía ser de otra forma- una promesa de absoluto silencio de cuantas canalladas había soportado; amén de olvidarse de los flagrantes delitos cometidos.

-¡Calla, joder!- Joe le arreó a Peter un puñetazo en el mentón derecho, el cual logró fácil que la sangre volviera a mancharle la camiseta, y éste comprendió la inutilidad de su acción aparte que debía mantener la boca bien cerrada y los dientes bien ocultos por si decidían sacarle uno a uno a base de mamporros, como ese recibido de improvisado.

-¡Tío, escucha! Tenemos tu documentación, sabemos quién eres, dónde vives y si te pones a piar a la poli te haremos picadillo a ti y a tu familia. Por cierto, muy guapa tu mujer, y tus hijos adorables- advirtió Chris a Peter, al tiempo que extraía una foto familiar de la cartera de éste y se la ponía delante de sus narices.

-¡No diré nada, os lo aseguro! Pero dejadme ir. Comprad cuanto queráis con la tarjeta, no daré parte del robo y...-

-¡Más te vale, Peter Bobinski, domiciliado en el 1313 de London Road!- le

respondió Chris mostrándole su carnet de conducir, el cual se guardó después- *o te haremos una visita para follarnos a medias a tu bonita mujer, a quien luego le arrancaremos de un tajo su elegante cabecita y, junto a las de tus hijitos te dejaremos que veas un instante antes de aplastarte la tuya tan mierdosa y blanca que llevas sobre los hombros ¿Entendido, mariconazo?-*

-¡Sí, claro, no hay problema!- se apresuró Peter en la respuesta *-Ya os digo que mis labios estarán sellados y todo lo que obtengáis con la tarjeta, o ese dinero, os lo he dado como amigos ¿Qué os parece?-*

-¡Sí, tío, huelo tu mierda!- habló Joe después de carcajearse, pareciendo satisfecho en esta oportunidad con lo que escuchaban sus oídos- *¿Sabes, Chris? Me has convencido, pero más la cara de susto de nuestro Peter Bobinski, 1313 de London Road, quien sabe que si dice una palabra de esto se acabará su existencia y la de su linda familia blanquita-*

-¡Ya te lo dije, Joe!- respondió Chris con una sonrisa en los labios, sabiéndose ganador con su criterio una vez más frente a su simiesco amigo – *Larguémonos y disfrutemos de la pasta de este cagado. Pero antes, creo que la ropa de este tío me queda bien ¿No crees? Y hasta los zapatos diría son de ni número-*

-Claro, tío ¡Y tú, levanta y desnúdate!- ordenó Joe a Peter, a quien le faltó tiempo para hacer lo que le decían, contento de que le permitiesen conservar la vida; al menos de momento. Unos minutos más tarde, vistiendo la ropa de aquel negro aún empapada de su sudor repugnante y aguantando las ganas de

vomitara, observó cómo Chris se paseaba delante de él con su traje de Armani y sus zapatos importados de la casa más prestigiosa manufacturera de Londres, en la cual tenían su horma archivada. Ante aquella abigarrada escena, pensó que no había visto jamás algo más repulsivo que aquel espectáculo más cercano a una patochada ideada por algún necio sin oficio ni beneficio, de profesión hazmerreír.

-¡Pareces un mariconazo como este blancocho, Chris!- le soltó Joe a su compañero, riéndose sin poder apenas contenerse *-Si te ven en el barrio no respondo. En menudo hijoputa te has convertido-*

-¡Coño, Joe! Siempre quise tener un traje de éstos y zapatos de piel ¡Joder! Qué comodidad y no esos de plástico que he usado toda la vida. Tiene buen gusto este capullo cara pálida-

-Está bien, Chris, larguémonos-

-De acuerdo, Joe, pero hazle un arreglito al coche de doscientos mil pavos de éste. Haremos que vague un rato por ahí mientras nos gastamos su pasta-

-Eso está hecho, tío- respondió Joe sacando el cuarenta y cinco y disparando una y otra vez hasta que las cuatro ruedas del Quattroporte reventaron, dejándole en un estado que casi arrancó una lágrima a Peter, con su juguete preferido inutilizado y, además, preguntándose de manera cuasi melodramática *-como él mismo reconoció en un momento de lucidez-* si el

seguro a todo riesgo que había contratado cubría daños ocasionados por criminales en carreteras que a nadie sensato se le ocurriría cruzar.

Más tarde, recapacitando para sí, fue consciente de cómo el día había sido negro como ninguno y de que había salvado la vida por un pelo; gracias a que uno de aquellos mastodontes negros tenía algo más de masa encefálica que el otro animal y optó por una salida lógica que suponía continuar con su vida.

Sin embargo -todo había que decirlo y además reconocerlo- ésta se le antojaba complicada y no porque el juez Fleetwood seguro estuviese dispuesto a darle un escarmiento por su abandono de la vista aquella mañana, sino porque su contrincante en la carrera en el departamento había cobrado ventaja y lo imaginaba ya frotándose las manos sabedor de que le tenía a su merced, con lo que la zancadilla para él sería morrocotuda y fulgurante. Su mundo, en cuanto desvelase su relación con la madre de Sharon, se derrumbaría como castillo de naipes y, en su polvareda, arrastraría a su amante contra natura, su suegro y su estatus en la sociedad, aparte de convertir la de sus hijos en una pesadilla.

Peter, todavía sangrándole el labio y quejándose su bajo vientre de un dolor insistente, se sintió no obstante aliviado cuando observó cómo el Cadillac con sus dos ocupantes criminales se alejaba por la carretera. Luego, sabiendo tenía que abandonar con profunda pena a su Quattroporte, inició aturdido el camino hacia el núcleo urbano donde había estado hacía rato y en el cual, fantaseando, pretendía encontrar ayuda. Aunque eso no lo tenía demasiado claro.

CAPÍTULO IV

Will Moore se subía por las paredes; hasta su pose advertía cómo sería capaz de arañar aquéllas con sus afiladas uñas mugrientas y encaramarse al techo clavándolas. Su rencor y su furia eran tan grandes que eso mismo sería un juego de niños para él en aquellos momentos. Si a eso unía la ansiedad, propiciada por su falta en la sangre de un componente químico al cual estaba acostumbrado, el cuadro era completo; por lo que comprendió necesitaba un descanso, conseguir que todo su cuerpo se relajase y dejara pensar con fluidez a su mente, atascada por encontronazos de sus fantasías con los deseos destructivos que le acosaban después de sus experiencias frustrantes aquel día y no sólo con la zorra de su ex, sino también con la burocracia que, en el último instante y gracias a un maleable hombrecillo, había conjurado por algunas horas para recomponer todo a su aire.

Aunque era urgente ese relax, esa fuente de tranquilidad que le sumiese en un plácido estado donde podría poner orden en sus cosas y, en particular, en su

plan urdido durante días y ya decidido, a tenor de la declaración de hostilidades de su ex, dispuesta a terminar con él y su patrimonio; si se le podía llamar eso a su sucinto listado de bienes. No obstante, y fuese mucho o poco, era suyo y esa puta del demonio no iba a quitárselo, ni tampoco esclavizarle con manutenciones de por vida para dos holgazanes, sabiendo tendría que mantener con su esfuerzo no sólo a éstos, sino también a la marsopa de su suegra y al capullo gigantesco de su cuñado. ¡No, no y no! ¡Claro que no lo haría! ¡Sobre su cadáver! Tal como pensó Will en tanto recorría de norte a sur el East End con su coche apestando a quienes se cruzaban, conforme el tubo de escape expulsaba una letal carga de monóxido de carbono. Y para ello nada mejor que unas rayitas de cocaína bien colocaditas con su tarjeta de crédito, el cual se le había acabado por cierto, y luego bien esnifadas hasta que su cabeza dijese “basta y estoy lista para pensar en algo que nos saque de este apuro”.

Porque ya sabía cómo salir, pero también de sus consecuencias. No era difícil utilizar la Magnum y dejar como un colador a su ex. Pero le resultaba jodida la inyección letal que le meterían en las venas por un crimen como ese y más con dos condenas anteriores; sin exceptuar sus antecedentes que no dejaban hueco libre en varios folios.

¡No, señor, claro que no! Pensó Will al llegar a su destino, aparcar, bajarse del coche y cruzarse con dos tipos enormes, llamándole la atención uno de ellos vistiendo un traje gris propio de barrios caros, calzado con zapatos que ningún habitante de aquel arrabal se podría permitir, quienes salían del local donde sabía estaba su medicina y fuente de inspiración para encajar las piezas de su plan maestro.

-¡Largo de aquí!- le soltó un individuo negro con una enorme cicatriz, la cual comenzaba en el mentón y se perdía por el cuero cabelludo cruzándole profunda toda la cara quien, en la soledad de una pequeña lavandería atestada de prendas sucias y olor rancio, atendía en el mostrador para pedidos de otra naturaleza menos doméstica *-¡Will, me debes mil quinientos pavos y no te daré más crédito! ¿Entendido? Te recuerdo que mi hermano Ray está deseando ir a cobrártelos a tu taller. Así que sal de aquí antes de que le llame y te rompa las piernas-*

-¡Frankie, joder, nos conocemos desde el orfanato, hemos compartido más de una celda en el correccional y no digamos en la prisión del Estado...!-

-Eso no quiere decir, Will, que no me pagues tus vicios-

-Vamos, Frankie, sólo te pido unas papelinas para un par de días. Te prometo que te pagaré hasta el último céntavo. Verás, tengo entre manos un asunto que...-

-¡Un momento, Will, eso mismo, eso tal cual te has arrancado dijiste la última vez y hace de estos seis meses! Así que a otro perro con ese hueso. Págame y te daré esas y todas las papelinas que quieras siempre, por supuesto, que aflojes la pasta-

-¡Coño, Frankie, la necesito! ¡De verdad que la necesito! ¡Sólo una! ¡Una

puta y miserable papelina que me ponga en forma, tío, ya me conoces, cuando tengo esa mierda dentro de mí pienso y hago cosas increíbles y...!-

-Sí, ya, tío, como aquella vez que nos pillaron en ese almacén donde decías no había vigilancia; o aquella licorería donde también asegurabas que eran unos gilipollas vietnamitas y resultó que estaban armados hasta los dientes-

-Sólo fueron dos errores, tío, y recuerda cuántos golpes buenos te he dado. La pasta que te he hecho ganar en estos años y la de apuros que te he sacado en la prisión ¿No significa eso nada para ti? ¿Ni siquiera para echarme una mano?-

-Te he dicho que des media vuelta y te largues. Punto. Si te pones pesado, y veo que empiezas ya, voy a tener que marcar el número del móvil de mi hermano y ya sabes cómo se las gasta, en especial contigo que tu torpeza en el último atraco le supusieron tres años a la sombra. Te la tiene guardada y, sólo con darle la mínima excusa, es capaz de sacarte los ojos y luego servirse un Daikiri con ellos flotando dentro-

-No esperaba de ti esta forma de tratarme, tío, después de tantos años. Me defraudas, Frankie, yo jamás te negaría un favor, un simple préstamo de unos pavos para ponerme en forma. Verás, mi ex me tiene cogido por los huevos y todo lo que tenía, y lo poco que me quedaba, es prácticamente suyo-

-Pégale un tiro, joder, a esa zorra-

-Eso es lo que pretendo, tío. Pero no puedo yo ¿Sabes? Como tú, estoy en el club de las dos condenas y la tercera, mínimo, la perpetua. Y un asesinato en primer grado no hace falta que te diga cómo se paga-

-¡Calla, joder, que me dan escalofríos!-

-Veo que te pones en mi lugar y...-

-Will, y una mierda. No me pongo en tu lugar ni con un kilo de coca metida de una vez. Sigo diciendo que arregles tu vida como quieras, pero de mí no obtendrás un dólar más. Date con un canto en los dientes que te permito esa deuda, pero no por mucho tiempo. Mi hermano me apremia y algún día tendré que soltarle la cadena de castigo y ya verás cómo sale disparado a por ti. Ese día desearás estar entre rejas porque, de no cobrar lo que me debes, dudo que al día siguiente puedas andar o, incluso, levantar un brazo. Te dejará tan sólo que puedas girar la cabeza, o bien chupar una cañita en alguna residencia de esas donde dejan a los viejos para que se mueran. Así que ándate con ojo. Ahora saca tu puto culo negro de mi local y vuelve sólo cuando traigas mi pasta, con intereses por supuesto-

-Frankie, entiendo lo que dices, es tu negocio y de esto vives, pero unos pavos más a la deuda que ya tengo ¿Qué te va a suponer? Venga, hombre, por los viejos y buenos tiempos en el barrio ¿Te acuerdas cómo atropellábamos a putos viejos y tías preñadas? ¡La leche, tío, qué bien lo pasábamos!-

-Y que lo digas- respondió Frankie, por primera vez relajando la expresión de enojo permanente desde que su amigo de asilo infantil entrara en sus dominios sabiendo a lo que iba *–Qué buenos ratos pasábamos con la peña aquella, todo el día fumando costo, metiéndonos anfetetas mientras jugábamos a videojuegos y luego a cargarnos a esa mierda de gente inútil. Sí, señor, qué tiempos gloriosos aquellos-*

-¿Lo ves, chico? Ya te dije que soy tu colega de siempre, ahora un poco en la estacada pero sabes que siempre te he respondido. Jamás he dejado de liquidarte las deudas por los vicios, como tú dices, y en cuanto me recupere como un clavo me presentaré aquí y te daré hasta el último centavo ¡Lo juro!-

-Bueno, ya está bien, Will. Déjate de jurar en falso que da mala suerte, joder. Anda, ven aquí y toma- le dijo con otro ánimo el camello, tocándose de manera leve aquella monstruosa cicatriz que le cruzaba el rostro, la cual le daba un aspecto facineroso y mucho más que su voz aguardentosa *–Aquí tienes un par de papelinas, pero ponte las pilas y saca mi pasta de algún primo. Aún te veo en forma para pegar un buen palo por ahí. Y que sepas que es por esos recuerdos que me has hecho revivir-*

-¡Lo sabía, cabronazo! Eres un tipo fetén y nunca me has fallado. Oye, no te preocupes, que te traeré dentro de unos días esos billetes que te mereces cobrar por fin. Gracias, Frankie, sabes que puedes contar conmigo para lo que quieras-

-Anda, lárgate antes de que asome el careto mi hermano y te vea por aquí. No quiero tener gresca con él-

-Ya me voy, Frankie. Volveré, ya lo creo que volveré y muy pronto- concluyó Will su plática, pensando cómo le había costado algo más de lo acostumbrado embaucarle pero, haciendo uso de su infalible don para encontrar el punto débil del personal, al final había caído en su red y se movía como cualquier pececito abrumado por su habilidad innata para el engatusamiento, engaño y posterior desaparición.

Estaba claro que no estaba dispuesto, bajo concepto alguno, a devolverle la pasta que le pedía, en especial puesto que de quinientos dólares en droga le exigía mil quinientos con esos mil de intereses. Precisamente Will -una vez que se detuvo en los lavabos de la estafeta de Correos y pudo meterse unas buenas rayas- con el ánimo sosegado y la mente ya despierta decidió cómo, tras liquidar a su ex, su suegra y su cuñado, le tocaría a Frankie y, en especial, a su hermano; para quien le tenía reservada una muerte lenta y dolorosa, de la misma forma que aquel fulano, de mirada aviesa y ademanes poco amistosos, le había advertido a él.

Pero no sabía con quién se la jugaba. Él era más listo, más rápido y tenía más agallas que todos aquellos cantamañanas del barrio, donde se movía a su antojo y más cuando su sangre había recibido aquel maná químico que le propició ese subidón que tanto necesitaba. Ya se encargaría de esos dos, pensó en tanto salió del local público, cruzaba la calle y se dirigía a uno de

los tugurios de mala muerte, en cuyo frontispicio ponía en letras oxidadas “Bar de Nick”, y entró en él buscando su siguiente víctima a la que embaular para sus planes sangrientos.

-¡Nick, cabronazo, cuánto tiempo!- gritó Will, ante la estupefacción de los parroquianos que a esa hora libaban alcohol de garrafón quemando gargantas, esófagos y estómagos a su paso, para luego aligerar los intestinos empujando los desechos hacia abajo con fuerza hasta el punto de que los servicios del bar pedían una rápida declaración de “númerus clausus”. Desde éstos, el hedor vagaba libre por todo el local mezclándose con el que portaban los propios bebedores empedernidos, abstraídos en sus propias cuitas, aislados de un mundo con el cual no estaban nada conformes y para ello invertían hasta su último centavo en aquel mejunje de cuarenta y cinco grados que les liberaba durante un rato de su pesar.

-¿Tiempo, Will? Si mal no recuerdo, hijoputa, estuviste pisando esas mismas losas con tus guarrísimos pies la semana pasada- le respondió Nick haciendo gala de su acostumbrado mal humor de negro de arrabal, cuya estampa se acercaba más a la de un gorila que al de un humano racional, tal vez por los labios tan colorados y aquellos colmillos puntiagudos que asomaban; los cuales le conferían un pronto salvaje.

-¡Chico, Nick, pero bueno, soy yo, Will! ¿Te acuerdas?-

-¿Cómo? ¿Si me acuerdo?- apenas le dejó el barman y dueño del establecimiento concluir la pregunta, por otra parte muy gastada por Will en

sus aproximaciones a los amigos a quienes pretendía dar el sablazo acostumbrado –*¿Cómo no me voy a acordar? Me debes más de setecientos pavos en copas-*

-¿Ahora sales con eso, Nick? ¿He dejado alguna vez de pagarte...?-

-Sí, y muchas veces-

-¡Contadas, Nick, joder! Y porque me tenía frito la pasma. Ahora estoy limpio hace tiempo y te aseguro que con negocios a la vista de verdad importantes...-

-¿Dónde es el atraco, Will?-

-¿Qué dices? Nada de eso, tío, ahora soy un empresario y sabes que tengo mi propio taller mecánico-

-No llevaría mi coche a tu taller ni con una botella de esta mierda que sirvo en el estómago-

-Nick, te veo muy tenso. Relájate, hombre, y haz un esfuerzo por separar la deuda que tengo contigo de nuestra amistad que dura tantos años-

-Da gracias a que fuimos compañeros de celda. En caso contrario hace rato

que te hubiese echado a patadas de mi local-

-Fuimos colegas, chico, y somos colegas...-

-Fuimos, pero no somos, Will. Así que si vienes a incrementar tu deuda vas listo-

-¡No te preocupes, joder! ¡Mira, aquí tengo unos pavos!- replicó Will extrayendo algunos billetes que aún le quedaban en el bolsillo de sus pantalones, los que también habían tenido mejores días con menos lamparones—*Ponme un Jack Daniels, y servido como tú sabes para los colegas de presidio-*

-Está bien, pero te recuerdo que esa cuenta tuya tienes que liquidármela. Te daré un par de semanas y, en caso contrario, no hace falta decirte que marcaré ese número que conoces y alguien irá a cobrar-

-¡Tío, tío, joder, no te pongas así! Te aseguro que la sangre no llegará al río. Te liquidaré pronto, cuenta con ello y ahora ponme esa copa- le hablo Will con sorna, sabiendo que si había derramamiento de sangre sería la del barman quien le puso sobre el mostrador el Jack Daniels de manera inocente servido como le había pedido su compañero de celda en quien, de manera temeraria, confiaba. Will supo cómo tenía que incluirle en su futura lista de incómodos acreedores, a los que no pensaba pagar más que con una buena ración de plomo o, llegado el caso, con el acero afilado de un cuchillo carnicero que les

partiera en dos como a cerdos en el matadero.

-¡Nick! ¡Nick! ¡Vamos, haragán! Mueve ese enorme culo negro y tráeme rápido una cerveza con un chupito de bourbon, que estoy seco ¡Joder, este puto calor!- Will escuchó la inconfundible voz gangosa de Fred Taylor, su negrito preferido y, más que nunca, en aquellos momentos con falta absoluta de liquidez en su tesorería. El tal Fred era el último salvavidas donde asirse para él, si bien desde el primer préstamo que le hizo y conociendo sus antecedentes a la hora de cobrar, fue al único al que pagó con regularidad y sin echar mano de sus argucias con tal de esquivar la obligación contraída.

Y es que tenía bien claro cómo Fred sería gangoso pero disponía de dos lacayos muy del tenor de su cuñado: con similares coeficientes intelectuales parejos a los de una lagartija y músculos que dejarían en pañales los de un bisonte de las praderas, caso de que alguno de éstos aún existiese vivo.

Will no era idiota y sabía cómo había que andarse con especial cuidado ante semejantes bestias, para las cuales cobrar una deuda era algo innato y, que él supiera, jamás ningún mortal se había resistido a devolverle a Taylor su pasta, por supuesto incluidos los correspondientes intereses semanales que por cierto multiplicaban las cantidades de manera exponencial si se retrasaban en el pago. Incluso conociendo todo esto, Will había ido al local sólo con la intención de encontrarse con él y, comprobando cómo se había dejado ver conforme a su presunción, pensó que por fin las cosas comenzaban a ponerse derechas para sus maquinaciones.

-*¡Fred! Tío, precisamente quería verte-* le soltó Will al prestamista de manera afable y sin que se notase la ansiedad que guardaba dentro de sí y, con disimulo, tampoco el sudor de sus manos.

-*¡Vaya! Creo que quieres hacer negocios-* respondió Taylor, observando a Will con una mirada fría y algo despreciativa, tras echarse al colete de una vez el chupito y coger luego la cerveza de la que apenas probó un buche-

-*Y tanto, Fred-* Will se lanzó sin darle más vueltas al asunto y obviando a conciencia la actitud ofensiva del tipo, quien no dejaba de mirarle de arriba hacia abajo con suficiencia estudiada –*Verás, tío, necesito de manera urgente pasta y he pensado que quién mejor que tú y...-*

-*¿Me has visto cara de idiota, Will?-* le paró Fred en seco con su voz más gangosa que nunca, la cual salía a relucir con toda su nasalidad en cuanto se exasperaba ante una propuesta como la que acababa de escuchar –*¿Crees que no sé cómo estás acabado? Ni hablar de dinero, tío, y más cuando dicen por ahí que tu mujer ha conseguido que te embarguen hasta los gayumbos-*

-*¡Un momento, Fred, haz memoria, joder!-* Will perdió durante un instante su control al mencionar aquel tipo a la zorra de su esposa *¿Alguna vez he dejado de pagarte las deudas? ¿Has tenido que recurrir a esos dos tipos que tienes a tus espaldas para cobrar algo de mí? Joder, soy un tío legal, cumplidor con sus acreedores ¿No crees? ¡Dame crédito, tío! Hay pocos como yo que te devuelvan tan rápido tu pasta-*

-¡Y una mierda, Will!- le respondió Fred de una manera aún más despectiva, en tanto sus dos moles que le protegían dieron unos cuantos pasos hacia donde se encontraba y se colocaron a cada lado de éste, aunque sin parecer que Will se intimidase por la maniobra *–Eran otros tiempos y tenías medios para hacer frente a los pagos. Ahora, mírate: estás hecho un asco, tío, hasta hueles a perros muertos, a ver si te lavas alguna vez y te cepillas los dientes que desde aquí huelo tu aliento que tira para atrás. Así que sigue con tu copa y no vuelvas a dirigirme la palabra o serán mis chicos quienes te lo hagan entender-*

-¡Joder, Fred, no esperaba eso de ti, tío!- Will perdió por completo los papeles y su tono de voz rozó la súplica, mientras el tipo miraba para otro lado y daba un largo trago a la cerveza *-De negro a negro, me debes una oportunidad por el dinero que te he hecho ganar todos estos años. Buenos intereses te pagué sin quejarme de tus abusos...-*

-¡Me estás hinchando los huevos y te lo advierto por última vez, so mamón!- cortó con un gesto fiero el prestamista dando un golpe en la barra con la jarra de cerveza y, por su parte, Will decidió prudente recoger velas en el mismo momento que la gigantesca mano de uno de los protectores goriláceos de Fred le retorció el brazo y, con un dolor agudo que le hizo poner los ojos en blanco, pudo ver a las estrellas del firmamento danzar todas juntas en un carrusel siniestro.

Después de ser pateado metros más allá de donde se encontraba sentado en la barra el cabreado tipejo, enclenque aparte de gangoso, y de que el barman Nick hiciera mutis por el foro con tal de no acabar el día con el local hecho

trizas por la furia de aquellos individuos poco recomendables, Will se apartó hasta un reservado y allí se acompañó de su copa quejándose en silencio. Su cabeza comenzó a dar vueltas, y no por el dolor en el brazo, sino porque sus planes habían hecho aguas en momento tan inoportuno. Necesitaba esa pasta urgente y ahora tendría que buscar alternativas para reconducir los acontecimientos y más cuando la cuenta atrás del desastre de su vida se iba acercando de manera inexorable, lenta pero segura para arrojarle al pozo de la ignominia.

Sin embargo, cuando todo parecía perdido, Will de nuevo creyó que su suerte había cambiado y el lóbrego viento del este se batía en retirada al ver aparecer por la puerta del local a Matt Locker ¡Sí, señor, es mi día de suerte! Se dijo para sus adentros dejando que la sonrisa regresara a su rostro, hasta hacía un momento preso de la desesperación, sintiéndose de nuevo en la línea de salida y teniendo una nueva oportunidad de ganar la carrera.

-¡Matt! ¿Te acuerdas de mí, tío?- le soltó en cuanto aquél pasó por su lado, camino de la barra para aprovisionarse de alcohol barato.

-¡Will! ¡Will Moore! Pero, tío ¿Cómo no me voy a acordar?- Matt, durante un momento algo aturdido hasta que reconoció a su amigo, se le acercó y dio un abrazo que pareció a todas luces sincero en un gesto que habló de la complicidad de ambos tras mucho tiempo sin verse *–Oye, cabronazo, y tampoco se me ha olvidado cómo nos escapamos juntos de aquella cárcel en medio del desierto ¡Joder, corríamos más por el calor que hacía allí dentro que por otra cosa!-*

-¡Qué tiempos, Matt! Claro que no se comía mal y había buenos colegas. Lástima de ese calor porque no faltaba el costo y las anfetanas a tope-

-Sí, tío, los guardias eran todos unos corruptos y se dejaban comprar con apenas unos pavos-

-Ya lo creo, Matt, y es que les pagaban menos que a nosotros presos ¿No te parece?-

-Bueno, tío ¿Qué se te ofrece?-

-Pues, Matt, escucha, ven y siéntate que te invito a una copa ¡Nick! ¡Nick!!- llamo Will voz en grito al desconfiado barman, quien no puso demasiada buena cara y preguntándose en silencio si tenía con qué pagar -¡Ponnos un par de Jack Daniels como tú sólo sabes servir a los colegas!-

-Afloja la pasta, Will, o no hay copas- le contestó, sin bajar la guardia, el barman mientras tamborileaba con los dedos en la barra y le ofrecía una mirada que en otras circunstancias Will hubiese considerado una declaración formal de guerra y otro gallo cantaría, hasta tal punto que se contuvo las ganas de saltar sobre él, levantarle el pescuezo y rebanárselo de un tajo.

-¡Aquí tienes, cabronazo, ahí van esos pavos!- se levantó Will acudiendo

luego a la barra y pagando con dos de los últimos billetes que atesoraba. Tras servir las copas aquel barman con el que ajustaría cuentas más adelante, las tomó con sumo cuidado para colocarlas después sobre la mesa en el reservado que compartía con su nuevo aliado; o al menos eso creía.

-¿Sabes? Precisamente te estaba buscando, Matt- le endosó el primer embuste Will, tras dejar que las gargantas se aclarasen con el licor y que la expresión de aquél mejorase de manera evidente, dejando que su piel negra parara de sudar al relajarse con el alcohol viajando libre por sus venas.

-¿Negocios?-

-¡Has dado en la diana, Matt!- ofreció Will una de sus mejores expresiones de trapisondista, tal vez la más depurada de su amplio catálogo de charlatán empedernido *-Verás, necesito alguien como tú, con sangre fría, implacable y ese manejo de las armas que tienes. Recuerdo más de un atraco, tío, y cómo disparabas sin contemplaciones a esos chinos, vietnamitas o de donde coño sean, en todo el careto nada más se resistían. Ninguno vivió para acusarnos y eso es un récord a tener en cuenta para el negocio que te voy a proponer y...-*

-Veinte mil, Will. Ni un pavo más pero tampoco un pavo menos. En efectivo, billetes pequeños y la mitad por adelantado- le dijo Matt sin dejarle terminar la frase, sabiendo de antemano sus intenciones de contratar sus servicios, toda vez que se dedicaba a liquidar a gente incómoda por encargo, aunque su tarifa parecía haber subido con los años dado el porcentaje de víctimas

enviadas al otro barrio sin que nadie ni pillase a él mismo o a sus clientes, quienes quedaban impunes con su habitual eficacia y discreción. Lástima que el vicio a Matt le pasara factura y se había corrido la voz de que necesitaba una arroba de whisky para terminar los trabajos. Eso parecía afectarle y Will lo comprobó cuando le pidió la segunda copa. Recurrió a Nick, quien se la puso de inmediato y se decidió a utilizar su capacidad de persuasión sabiéndose ayudado por el líquido ambarino que destensaba a Matt y sus pretensiones; fuera de lugar en cuanto a la cantidad que le pedía.

-Vamos a ver, Matt. Veinte mil me parecen muchos pavos pero te los pagaré si, además de liquidar a la puta de mi ex te llevas por delante también a mi suegra y a mi cuñado- sin más preámbulos, Will, se dispuso a negociar con aquel sicario negro, no tan alto como él pero dotado de una musculatura seria que imponía y más, aunque estuviese de capa caída, cuando empuñaba un arma por muy frágil que fuese. Si certera era su puntería, lo que en tiempos había hecho crecer su leyenda, más lo constituía el hecho de tener una peculiar forma de aparecer ante sus víctimas, ganarse su confianza y luego, sin que le temblara una pestaña, sacar su arma y dejándose de preámbulos descerrajarles el disparo en plena sien, para después asegurarse de la conclusión del encargo con un gélido tiro de gracia en el centro geométrico de la frente a modo de firma característica de su *-en cierta forma-* arte intemporal y admirado por muchos en la profesión.

-¡Pareces un tontito, Will!- pareció de repente enfurecer Matt, tras escuchar la propuesta que le dejó fuera de lugar *-¿Cómo puedes encargarme ese trabajito, tío? Todo el barrio, diría que toda la ciudad sabe que tu mujer te ha ganado la partida y se va a quedar con todo lo que tienes. Así que la poli*

lo tendrá claro una vez le meta ese par de balas, y para colmo tu suegra y tu cuñado ¡Ni hablar, Will! Ni por todo el oro del mundo. Ya sabes que tendrías a la pasma husmeando en tus amistades y al primero que buscarían es a mí. No, señor, este negro no va a ser pasto de esos cabrones; y ya sabes cómo andan detrás de mí, aunque jamás hayan encontrado una sola prueba-

-¿Qué mejor garantía, Matt?- insistió Will -Eres el único que puede hacer este trabajo y no dejar huella ni de ti, y mucho menos de mí. Vamos, tío, no me dejes en la estacada. Necesito me echés una mano esta vez. Además te daré cinco mil más, por el riesgo-

-¡No te esfuerces, joder! ¡Ya te he dicho que no! No hace falta que sigas subiendo la pasta que piensas darme y que sé no tienes-

-La tendré en cuanto esa zorra desaparezca de este mundo. Recuperaré todo y mi garaje sabes que tiene un valor...-

-¿Un valor? Si apenas tienes clientes, Will-

-Todos tenemos malas rachas; incluso tú, Matt-

-¡Vete a tomar por culo, hijoputa!- le soltó el sicario a Will, mientras le empujaba y, por segunda vez en el rato que llevaba dentro del local, terminaba a varios metros tirado en el suelo con la ropa deshecha. Observó cómo su agresor apuraba la copa, se levantaba, pasaba a su lado, le escupía,

para luego desaparecer por la puerta del local y también su posibilidad de arreglar por la vía rápida su situación más que extrema. Pensó no debía haber aludido a las malas rachas, sabiendo el problema que arrastraba el sicario con la bebida, y hasta se dio él mismo un buen porrazo en la cabeza ante su torpe metedura de pata.

No le quedaban más conejos en la chistera, ni siquiera ese último que se reservaba él mismo como traca final en sus espectáculos privados en los cuales llevaba al huerto a todos y, por supuesto, a todas que habían sido muchas. Todo era inútil y el abatimiento más riguroso le inundó, además con apenas unos pavos a los que echar mano para ahogar su frustración en el líquido de fuego que quemaba sus entrañas y -para colmo- sin haber probado bocado desde no sabía cuándo, aunque sí días en los que sólo aquel veneno de muchos grados constituía su único sustento.

Will, con la cabeza un tanto turbada entre los empellones recibidos por sus fallidos negocios, no tuvo más remedio que aliviar la vejiga acudiendo a los servicios en los que tuvo que esperar a que un tipo terminara de esnifar primero y cagara después a tenor del olor putrefacto que le llegó del cuartucho donde se desahogaba, y por ese orden.

Una vez tomado casi al asalto el wáter y taponándose la nariz para poder aguantar los efluvios dejados por el parroquiano cuyo vientre debería ser peor que un estercolero, largó su micción durante más tiempo de lo acostumbrado y al acabar aguantando el vómito, escuchó voces en el local que, al salir y presenciar lo que ocurría, tuvo una iluminación como nunca le había ocurrido. Tal fue así que anduvo dejando de lado lo dolorido que estaba y se

acercó donde se desarrollaba la escena tumultuaria que, según le parecía, iba a acabar con un blanco abierto en dos mitades camino del hospital y, de no apresurarse, cada una de éstas en ambulancias distintas.

-¡Alto, Nick!- gritó con fuerza Will al barman, logrando que un bate de baseball de color negro empuñado con fuerza inusitada por aquél terminara con las costillas del individuo blanco que, con un gancho de derecha en el labio bien roto y además de un directo al ojo evidente por la ceja abierta, permanecía en el suelo tras el par de zancadillas que dos de los habituales del bar, mamados desde la apertura al cierre, le habían colocado nada más poner el pie en éste.

-¡No hay cosa que odie más en esta cochina vida que un blanco vestido de negro, oliendo como un negro y pidiendo una moneda como un negro!- Will pudo evitar el golpe pero no la ira incontenible de Nick, aún con el bate en ristre *-¡Largo de mi propiedad, so mamón de mierda blanco asqueroso! ¡Saca de inmediato ese culo pálido fuera de aquí o te moleré a palos! Y da gracias que odio a los maderos más que tu sucia cara, que si no te ibas a enterar cómo te denunciaba por vago y maleante!-*

-¡Vamos, vamos, Nick, hombre! ¿No ves que le han zurrado y de lo lindo?- volvió a mediar en el conflicto Will, cuya corazonada con aquel tipo era cada vez más intensa, y en mayor medida cuando observó su estado de desvalimiento y la amenaza seria del barman por cumplir sus intenciones. Debía rescatarle de sus garras y llevarle con él para indagar y a colación tener claro si servía para sus planes, de nuevo más sangrientos que nunca reverdecidos con savia recibida tanto por el aspecto como por la idea suicida

de entrar en ese sitio de negros exhibida por aquel tipo que tenía enfrente con un brazo protegiéndose; aunque eso no sirviese para nada y sí como algo instintivo, de la misma manera que el animal herido interpone con garbo resistencia antes de recibir el mordisco en el cuello que le rompa la columna y termine sus días entre las fauces del más fuerte –*¡Venga, Nick, que sea blanco no quiere decir que sea una amenaza! Además, fíjate cómo desde aquí huele a negro ¿No lo entiendes, tío? Quiere ser uno de los nuestros y ganarse la vida rapeando en las esquinas, joder ¿Es así, blanquito?*- le habló Will con voz cómplice al tipo tirado en el suelo, a punto de echar espuma por la boca a menos que le diesen algo de agua.

-¡Cierto! ¡Sí, eso es! Claro que quiero ser uno de los vuestros ¿No me veis?- respondió el blanco, viendo a las claras el movimiento de Will y su inteligencia innata para calmar a las bestias que le rodeaban.

-¡Es tu día de suerte, hijoputa!- terminó Nick gritándole todavía iracundo, mientras iniciaba el arriado del bate de baseball y relajando su postura frente a él –*Da gracias que mi amigo me ha detenido a tiempo, porque de lo contrario ahora tendrías tus sesos desparramados por todo el bar. Y te digo una cosa: si quieres ser como uno de los nuestros no actúes como uno de los nuestros ¿Te enteras, cabrón? Ahora muévete, coño, largo de aquí ¡Y no vuelvas!*-

-¡Bravo, Nick! Sí, señor, sabía que reaccionarías como alguien con humanidad. Este pobre hombre se esfuerza por ser como nosotros, y sólo le falta un poco de tueste en la piel ¿Verdad, tío?- habló de manera jocosa Will, cogiendo del brazo al tipo, levantándole y sacándole del local que, si no llega

a ser por sus rápidos reflejos, hubiese acabado siendo su postrera morada en este mundo.

Ya en el exterior, a salvo de la jauría de negros fieros con su sola presencia, Will siguió ayudándole a caminar, viendo cómo alguien le había preparado bien las costillas, aparte de los moretones en la cara que hablaban cómo había estado metido en alguna pelea callejera y no sabía si por ser blanco o por querer ser negro conforme a su extraña indumentaria y su fétido olor; propios de uno de esos tipos que se ganaban la vida en las aceras del barrio trapicheando con droga por la mañana y rajando gargantas en la oscuridad de la noche.

-Si crees que Nick ha exagerado en lo que te ha soltado, tío, es que estás tarumba ¿Entiendes?- le dijo Will a su salvado in extremis, en tanto le ayudaba a acercarse donde tenía aparcado el coche *-Y no sólo por ese bate que te hubiese roto de una vez, sino porque a la mínima resistencia con un silbido habría tenido encima de ti a una legión de negratas pateándote hasta que echases el corazón por la boca como un hueso de aceituna ¿A quién en su sano juicio se le ocurre presentarse en ese local, y no digamos en este mugriento barrio con esa cara, ese pelo y esos ojos, y además vestido de negro dejando la estela de sudor identificable a tres manzanas?-*

-Antes de nada, quiero darte las gracias por tu ayuda. Me he visto reventado por ese tipo del bar ¿Sabes? Luego, decirte que me llamo Peter...-

-¡Quieto y parado, tío! Peter y a secas. No quiero saber más ¿Entiendes?-

Will, interrumpiéndole en sintonía con su estrategia y cavilaciones, había dado a Bobinski la primera de las pautas encaminadas a mantener una relación que, de una forma u otra tal como ya había pergeñado en su mente calculadora, sería de mutuos beneficios a futuro –*Y lo mismo te digo de mí. Ya sabes que soy Will; y Will a secas ¿Conforme?*- recalcó con vehemencia Moore.

-No hay pegas. Además, me parece bien. Guardemos el anonimato de ambos- respondió Peter, y esta vez conectando con los argumentos escuchados y sólo sugeridos de manera tácita, lo que puso a su mente a trabajar a marchas forzadas trazando un plan que, de igual manera, generaría esos beneficios para ambos desencadenados por una suerte de sucesos paralelos, inconexos a simple vista, pero que a la postre habían confluído en su casual encuentro; si bien era verdad que de una forma tan dolorosa como estrepitosa para él, a quien habían molido a palos y ya por partida doble en una sola mañana fatídica a más no poder e inédita en su existencia.

-Vamos, tío, acomódate en mi coche. Verás que está sucio y cuando lo arranque tal vez prefieras ir andando, pero es lo que hay en estos tiempos duros y que ya se eternizan-

-Ni me molesta la suciedad y preferiría mil veces ir en tu coche a cruzar de nuevo esa calle, en la que los escupitajos que he recibido eran más abundantes que las baldosas por donde pisaba- contestó Peter, sintiéndose protegido en el interior de aquella especie de tartana metálica con suciedad incrustada donde pudiese poner las manos-

-De acuerdo, tío- habló Will con la suficiente seguridad para captar toda la atención de Peter -Antes de que me digas dónde te acerco creo es mejor que pongamos las cosas en claro. Lo primero que te voy a decir es que no me chupo el dedo y esa comedia de aparecer aquí vestido así, con ese olor y todo lo demás es puro teatro y, como pienso, por un motivo clarísimo para mí y, quizás, inconfesable para ti. No andaría descaminado si digo que todo esto se trata de un error de cálculo por tu parte, el cual presumo ha dado al traste con los planes que tendrías pensados y, al final, te ha salido el tiro por la culata-

-Tal vez tengas razón en lo que dices. Pero, verás, resulta que...- inició Peter su réplica cuando de nuevo Will le frenó.

-¡Un momento, tío! Joder, ya te he dicho cómo no hace falta me cuentes que alguien te ha zarandeado, quizás te haya robado, etcétera y etcétera. Pero mejor voy a intentar reconstruir tus pasos. Seguro que hace poco tenías una empresa, o mejor algún buen trabajo, quizás directivo, las cosas te iban de puta madre: buen sueldo, seguros médicos para ti y tu familia, fines de semana de viaje, beneficios a final de año en bonus de la empresa, acciones de regalo de la compañía en cada nuevo negocio coronado y, si me permites, alguna compañera ejecutiva o secretaria a la que solías visitar a ciertas horas en las convenciones. Pero, tío, me temo por tu cara y tu aspecto que todo eso se derrumbó y no hace mucho. Si no me equivoco, con el rollo de la crisis la empresa se ha ido al carajo, tu perfecto y maravilloso empleo ha corrido igual suerte y, de paso, los acreedores van detrás de ti sin descanso día y noche intentando cobrar. Tu mujer, quien tendría cuenta en todos los

grandes almacenes, te ha dejado una roncha de espanto que eres incapaz de liquidar, tus hijos irían a clases de equitación y tendrían hasta motos acuáticas que te habrán embargado lo mismo que la casa de tus sueños que ahora mismo es del Banco y estás de ocupa hasta que se resuelva la subasta. Por eso, tío, desesperado has venido a esta cloaca a encontrar una solución. Y la cuestión es, tío, que no acierto en esto último a decantarme si intentas cobrar un seguro que aún mantienes o, si me apuras, algo más delicado y que hasta puedo comprender-

-No vas descaminado, Will- contestó Peter con unos reflejos que superaban con creces los de su interlocutor improvisado, en medio de un barrio con un halo de podredumbre que ponía la piel de gallina de sólo contemplarlo. Idéntica iluminación que había recibido su negro salvador, había surgido en su mente, por lo que decidió seguir aquel juego que, a cada instante, se volvía tan peligroso como macabro –*¿Sabes? Estoy en un apuro serio. Sin embargo, no es el motivo de esta forma tan extemporánea de presentarme aquí y buscar, como bien apuntas, esa ayuda para resolver mis problemas. Te confieso tiene que ver más con algo lo cual no me atrevo ni a mencionar-*

-¡Quieto ahí!- habló Will, convencido de que ese diamante en bruto que había localizado por pura casualidad, se descubriría ante sus ojos con todo su fulgor, haciendo que recobrar fuerza y un vigor que hacía rato parecía haberse esfumado de su cuerpo –*Está claro cómo ambos tenemos intereses comunes. No quiero engañarte, pero también estoy en un atolladero muy serio y, sin entrar en detalles, me urge librarme de una losa que me impide continuar mi vida con la suficiente holgura. Ya me entiendes; en especial porque compartimos seguro hipotecas, embargos y acreedores echándonos el*

aliento en nuestras nuca-

-Cuanto dices es correcto, Will. La proyección sobre mi vida que has hecho no es exacta pero se asemeja a la realidad. Y, por lo que escucho de tus labios, no muy ajena a tus problemas-

-Así es, amigo Peter. Somos colegas y compartimos un mismo deseo. Seguir con nuestra vida, sin ese lastre que nos detiene-

-Sin duda, Will. Y te confirmo que mi visita aquí estaba encaminada a buscar ese deseo, aunque por terceras personas- respondió Peter cruzando esa línea roja del desafío que suponía asumir el rol que, en tan sólo unos minutos y proyectado por su inesperado interlocutor, se había puesto a su disposición. Y decidió no desaprovechar la oportunidad de oro que se colocaba ante sus mismas narices-

-Entiendo, Peter, y sepas que estoy en tu misma tesitura. Por ello, voy a proponerte un negocio que para ambos puede resultar la solución a nuestros comunes problemas. De todas formas, si te digo la verdad, mis necesidades digamos que pasan por una acción de la que debo estar seguro serás capaz de acometer-

-El mensaje ha sido recibido, Will. Pocas palabras me han hecho falta para comprender que precisas idéntica, digamos, solución a tu problema que yo- Peter, comprendiendo que había llegado el momento, no contuvo su lenguaje

directo y atacó con fuerza dejando el anzuelo al alcance de su confiada presa.

-¡Tío, Peter, ya te dije que éramos colegas! Verás, aunque seas un puto blanco por supuesto, creo que vamos a llegar a un acuerdo- Will estaba de verdad emocionado, con la piel erizada y hasta hizo ademán de sacar una raya de cocaína, aunque se contuvo por ahorrar dado que le quedaban pocas y la pasta escaseaba *-Así que pongamos las cartas sobre la mesa y, como comprenderás, eres tú el primero que debes hacerlo, tío, y perdona mi desconfianza pero un negrata como yo tiene que salvar siempre su culo ¿Entiendes?-*

-Me parece correcto, Will- se lanzó Peter, sabedor de que tenía asido el pez con la mano *-Abro el turno revelándote cómo necesito cuanto antes quitar de circulación a un tipo que pone en riesgo mi futuro y, como bien decías antes, el de mi familia. Ya sabes que no se juega con las cosas de comer y éste sujeto tiene en su poder información que las amenaza hasta el punto de que, en pocos días, acabaré mucho peor de lo que me ves ahora y, si me apuras, incluso con una demanda civil que daría con mis huesos en la cárcel ya que el tipo en cuestión, aparte de esa información íntima, cuenta con otra relacionada con negocios del pasado que, de salir a la luz pública, me pondrían en un serio aprieto. Por lo tanto, y creo que lo comprenderás ¿Qué no haría un buen padre de familia por su esposa y sus hijos? Porque, al fin y al cabo, está en juego su felicidad, su estatus en la sociedad y eso es algo que hoy en día, y seguro que estás de acuerdo, es algo tan importante como antaño un trozo de pan que aliviara el hambre. En consecuencia, amigo Will, no me extiende más y, siéndome imposible correr el riesgo de liquidarle en persona puesto que caería de inmediato sobre mí el peso de la Ley, lo dejo a*

tu decisión que colabores contando con mi recíproca ayuda en tus, aún desconocidos, problemas-

-¡Peter, Peter, tío, Dios bendito, eres mi alma gemela! Has sido enviado por el Cielo para que me libre de una pesadilla que iba a terminar con mi vida- se deshacía Will en palabras, también con gestos de complicidad dándole palmadas en la espalda y apretones en los brazos que a Peter le resultaron dolorosos pero que aguantó de manera estoica; sabiendo a conciencia cómo era mutua la euforia por encontrarse en aquel cruce de caminos donde uno lo era todo para el otro y ambos se habían dado cuenta de ello y dejada atrás cualquier reticencia para confiarse sus respectivas y, en cierto modo, similares zozobras -Te confesaré, Peter, que en mi caso quien resulta ser el azote es mi propia ex esposa-

-Muy propio en estos días también, Will. Y no sé si en un futuro no muy lejano también, al igual que tú, le tendré como amenaza y habré de optar por algo parecido a tu decisión; la cual imagino ya está tomada-

-Dices bien, Peter. Tomada y bien meditada. Y no será porque no le he dado oportunidades. Hasta hoy mismo he ido a verle y me ha echado a insultos. No, tío, no, es inútil con esa zorra. Sólo quiere mi dinero y quedarse con los niños. Pero no lo va a conseguir, Peter, y todo gracias a que te he encontrado cuando ya había perdido la esperanza de lograr la solución, y más cuando se me han cerrado todas las puertas y sólo porque ando en una mala racha. Así que, sin enrollarme más, necesito también como tú esa ayuda para pegarle un par de disparos, aunque tengo que decirte que hay algo cosilla que tengo que pedirte hagas-

-Tú dirás, Will. Si está en mi mano, lo haré gustoso, siempre que tengas los arrestos para borrar de la guía telefónica a ese tipo que me trae de cabeza-

-¡Pero, bueno, Peter, joder, eso ni dudarlo! Cuenta con ello desde ahora mismo. Pero, no sé si estás preparado para lo que te voy a pedir. Verás, la causa de todos mis problemas se extiende más allá de mi puta ex, y llega hasta la ballena de mi suegra, y una mala bestia de más de dos metros que está junto a ellas todo el día, y que es mi cuñado. Un animal con todas las letras-

-Will, antes de fraile fui cocinero- se vanaglorió Peter haciendo algo de comedia, la cual también era una de sus especialidades -Con esto quiero decirte que no hay problema alguno en lo que me pides ¿Sabes? Soy comandante de la Guardia Nacional, por supuesto en la reserva, y en la juventud fui un Marine más. Así que las armas son algo que no me asusta y tampoco utilizarlas-

-Ya te dije que estaba todo preparado para que nos encontráramos, Peter, hoy y en este momento en el que por fin vamos a liberarnos de esa gentuza-

-Cierto, Will, pero debemos guardar una discreción absoluta hasta el punto de tan sólo conocer nuestros, digamos, objetivos que abatir. Exclusivamente nada más de nuestras respectivas vidas-

-¡Un crimen perfecto, Peter! ¡Ya lo creo! ¿Quién nos va a relacionar?-

-De eso se trata, Will. Lo más importante en este asunto es la simultaneidad-

-Aclara, tío. Esa palabreja me confunde. Traduce al cristiano-

-Disculpa, Will, y seré más claro. Quiero decirte que la clave es que llevemos a cabo los encargos a la misma hora-

-Por descontado, Peter. Cuenta con ello-

-Además, Will, tendrás que aportar la artillería-

-Claro, Peter. Yo me encargo. Dispongo de dos buenos elementos para que nuestros objetivos no tengan segundas oportunidades y queden fritos a la primera-

-Genial, Will. Ahora conduce hasta la ciudad, aparca frente a la primera estación de metro que encuentres, bajaré y me perderé en ella. Justo en ese mismo lugar, y a las ocho de la tarde, me esperarás dentro de este vehículo teniendo ya en tu poder las armas. A continuación, nos dirigiremos a cierto lugar que conozco bien por su discreción y pergeñaremos el plan para, mañana muy temprano, ejecutarlo. Luego, amigo, disfrutaremos de nuestra libertad-

-¡Y de nuestra pasta, Peter!-

-Por cierto, Will ¿Me das un par de pavos para pagar el metro?- le dijo Peter a su cómplice en unos crímenes que pretendían ambos tuviesen la coartada perfecta para burlar las ulteriores pesquisas de los agentes de la Ley, mientras Will, quien parecía extasiado ante aquel golpe de suerte que el destino le había deparado sin previo anuncio, extrajo los últimos dos pavos de su bolsillo sabiendo que eran la mejor inversión que pudiese imaginar en toda su vida.

CAPÍTULO V

Peter se encontraba exultante aquella mañana. Hacía frío fuera, pero en casa se estaba de dulce según su particular criterio. Lástima no tuviese más remedio que abandonar el hogar, feliz por supuesto con Sharon y pronto aún más en cuanto se librase de sus problemillas tras cumplir su parte del pacto sellado a dos bandas con Will. Y su buen ánimo estaba más que justificado por el hecho de que dentro de pocas horas todo habría acabado y continuaría su vida, la cual recuperaría, y de paso mejoraría de manera sustancial siempre que su compañero cumpliera a rajatabla sus instrucciones. Y, claro está, si a él mismo no le temblaba la mano a la hora de hacer efectiva su cuota en el plan urdido en la más absoluta intimidad el día anterior, en un encuentro furtivo y en lugar solitario a prueba de miradas susceptibles de complicar las cosas a futuro.

La verdad era que Peter sólo tenía que realizar un pequeño cambio en la escaleta del guion que iban a interpretar ambos, en tanto en cuanto sus propios planes posteriores necesitaban de esa minúscula variación con tal de encajar su coartada de forma milimétrica. A fin de cuentas ¿Qué era un pequeño cambio? Se preguntó Peter a sí mismo sin dejar de sonreír, mientras se anudaba la corbata y luego la chaqueta se la colocaba con ese estilo que hablaba de su posición social.

Comprobó la hora en su reloj, un espléndido “Omega Seamaster”, el cual esperaba no fuese pasto de otros mangantes violentos, y después -ya advertida Sharon de su salida tan de madrugada- abandonó la casa para enseguida acomodarse en un BMW de color azul noche que la aseguradora había puesto a su disposición, mientras el Quattroporte quedaba restablecido a su original estado.

Peter condujo muy relajado, sabiendo tenía tiempo de más según sus cálculos para cerrar el tema tan desagradable de asesinar a toda una familia, lo cual le parecía de un mal gusto exagerado, y respetó al milímetro cada señal de tráfico que se interponía en su largo camino hacia un barrio donde no pondría los pies en otras circunstancias; y más cuando había recibido una de las lecciones más peligrosas de su vida en otro similar, salvando ésta en el último instante.

Tras muchos kilómetros, comprobada una vez más la hora, Peter escuchó en el navegador del vehículo cómo le restaba una manzana para su destino. Estaba claro cómo era el momento idóneo de aparcar el BMW y andar a pie -no sin cierto riesgo- esos escasos treinta metros que restaban. De esta forma,

minutos después se encontraba justo delante de la casa descrita por Will, la cual no tenía pérdida al haberle facilitado una fotografía que comprobó en la pantalla del teléfono móvil y que borró de inmediato.

Quitó con facilidad el cerrojo de una pequeña verja de madera, la cual le había advertido su colega, y anduvo unos seis metros hasta el porche donde a esa hora no se encontraba el eterno guardián gigantesco y cuñado de Will. Una vez ante la puerta, Peter tocó con toda tranquilidad el timbre de ésta y aguardó unos instantes. Vio como la luz del salón se encendía y una figura indeterminada que observó tras los visillos, se acercó a abrir.

-¿Qué ocurre?- oyó Peter la voz de una mujer de cierta edad, suponiendo era la madre de la ex de Will, hablándole tras la puerta.

-*¡Disculpe, señora, es la policía!*- elevó Peter la voz para hacerse entender tras la puerta aún clausurada -*Verá, tenemos un asunto relacionado con el que fuera marido de su hija, el cual debemos aclarar de manera urgente. Siento molestarles a hora tan temprana, pero no tenemos más remedio que hacerlo así-*

-*¡Ese cabrón se habrá metido en algún lío!*- respondió la mujer, quien confiada le abrió la puerta y vio la silueta a contraluz de Peter.

-*Ya lo creo. A todo esto, señora, buenos días...*- le dijo Peter sin darle tiempo a corresponder al saludo, ya que éste sacó con la mano derecha enguantada

un treinta y ocho -bien ajustado el silenciador en la bocacha del arma- y realizó de manera consecutiva dos disparos muy certeros en plena cara, la cual quedó hecha un amasijo amorfo de carne, sangre y masa encefálica al haberle saltado la tapa de los sesos el segundo proyectil.

-¿Mamá? ¿Qué ocurre?- oyó Peter decir desde la segunda planta de la casa.

-*Disculpe, señora, soy policía!*- habló de nuevo Peter en voz alta, sin que ésta delatase la más mínima alteración, exhibiendo una frialdad asombrosa y un control de sí mismo aún más insólito; lo cual a él mismo le sorprendió, si bien de manera muy grata y oportuna para sus intereses en aquellos momentos de tensión -*Su madre está aquí conmigo! ¡Siento molestarle pero se trata de su marido, bueno, quiero decir de su ex!*-

-*Otra vez en líos? ¡Ese cabrón...! ¡Escuche, agente, no quiero saber nada de...!*- interrumpió la mujer sus palabras, las cuales expresaba bien cabreada, al llegar a la planta baja y encaminar sus pasos hasta donde estaba Peter para ver, a sus pies en un charco de sangre enorme, el cuerpo yacente de su madre. Antes de que pudiese gritar, lo cual vio clara era su intención, Peter hizo un primer disparo en pleno estómago y, tras dar hacia ella tres o cuatro pasos, otro más en el pecho que le hizo un boquete serio en el seno izquierdo; añadiendo un tercero más cercano en el ojo derecho; por lo que no tardó más de un segundo en desplomarse como un fardo agujereado sobre el suelo de madera.

Peter ni se inmutó. Tan sólo se limpió con el dorso del guante derecho la

comisura de los labios, aunque de manera instintiva calculando el motivo por el cual aquel gigante, tan advertido por Will, no aparecía de repente surgiendo de la oscuridad circundante y trataba de partirle en dos. Sabedor que el grandullón era la tercera y última pieza que debía cobrar –descartados los pequeños, que dormirían, y el Pastor quien esa noche no había acudido a disfrutar del sexo con la esposa de Will- tenía que llevarlo a cabo de forma rápida dada la hora, así como la secuencia de acontecimientos que pronto se desencadenaría. Por ello, después de recargar el treinta y ocho, anduvo por la casa hasta encontrar un dormitorio tras la cocina, el cual daba a un pequeño jardín trasero.

Abrió con cuidado el picaporte y, gracias a la luz que penetraba por una de las ventanas procedente de una farola de la calle, vislumbró tirado en la cama panza arriba resoplando como una ballena al cuñado de Will, quien aún mantenía en sus manos un cubilete bien rebañado de un litro de helado con sabor dulce de leche y nueces de pecán. A Peter, alguien con clase de verdad y maneras que rozaban lo aristocrático, le pareció de lo más vulgar asistir a esa escena tan grosera con aquel tipo seboso roncando de tal forma que hasta la cama se tambaleaba. Pensó constituía un verdadero placer acabar con el patán, a quien ni toda una batería de misiles intercontinentales con cabeza nuclear incorporada conseguiría despertar y le recetó una ración triple de plomo; empezando por un disparo en la colosal barriga que levantaba casi un metro sobre el nivel del pobre colchón que le soportaba a duras penas y luego, ya consecutivos y mortales, dos en todo el centro de la enorme frente sudorosa.

Peter, en silencio, aguardó algún ruido que le pudiese poner en guardia

respecto a los vecinos, dejándole constancia la quietud en torno a la casa de que la balacera había pasado inadvertida y sus acciones impunes en la quietud de la, aún, noche cerrada sólo rota por algún ladrido lejano o el arranque de los motores de los camiones que terminaban los turnos de recogida de basura.

Todo había salido a pedir de boca, incluso el sueño profundo de los niños de Will ajenos a la tragedia, y sin guardar la mínima precaución desanduvo por la casa el tránsito seguido de habitación en habitación hasta salir, dejando la puerta abierta a conciencia al jardín y de allí, tras de igual manera permitir que la pequeña verja quedara de par en par, pasear con tranquilidad desenguantándose para al final llegar al BMW, acomodarse y comprobar en el panel del navegador de éste cómo era la hora prevista en los planes conjuntos con Will; aunque con una ligera pero sustancial modificación que ponía en solfa la conclusión definitiva del pacto llevado a cabo entre ambos y que, al introducirla Peter como variable inesperada y también desconocida por su compañero en la ecuación, propiciaría un giro radical el cual modificaría en su propio beneficio cuanto ambos llevaban a cabo aquella - para él- gozosa amanecida.

Peter arrancó el coche y, con suma cachaza, puso el intermitente, se incorporó al carril y continuó calle abajo hasta llegar a la avenida desde donde puso rumbo al centro de la ciudad donde un confortable despacho le aguardaba, recién aseado y a la temperatura que requería la gélida mañana que se había presentado y desde donde culminaría una etapa de su vida de la que tenía la plena seguridad recordaría durante todo el resto de ésta que le quedase; por otra parte -pensaba él mismo- sería larga y provechosa.

Así, llegó en tan sólo diez minutos al aparcamiento subterráneo del edificio y, conforme a su plan maestro, pidió a uno de los vigilantes se hiciera cargo de su vehículo con el fin de dejar patente cómo a esa hora justa llegaba y se encaminaba a su oficina doce plantas más arriba. Se dejó saludar, desear un buen día y hasta le ofreció al amable conserje un pitillo que éste tomó, lo encendió y dio un par de caladas junto al patinillo interior donde podía hacerlo sin ser amonestado; mientras le permitía hablarse de la ola de frío que se avecinaba para el siguiente fin de semana.

Una vez soportada la perorata de aquél, marchó hacia los ascensores y saludó como nunca a los integrantes del último turno de limpieza, en especial al encargado con quien mantuvo una conversación de más enjundia que la de otros días, en los cuales sólo se cruzaban en el último minuto de la estancia de éste en el edificio. Hubo tiempo para hablar de fútbol, baloncesto y hasta de los impuestos que el gobierno federal pretendía aprobar muy pronto y que tenía en pie de guerra tanto a él como a sus compañeros laborales.

Peter dejó que saltara de un tema al otro y el tiempo corriera sin que él mismo hiciese nada para enmendar la querencia por la charla distendida de aquel hombre, quien no sabía ni por asomo la excepción de Peter con su estricto orden de cada día, al cual pareció volver en cuanto observó su “Seamaster” y dio por terminada la inusual charla matutina dirigiendo sus pasos al despacho, donde acomodado sin chaqueta se sentó en el sillón y, girándolo, dejó la mirada perdida en la cristalera desde donde se divisaba en toda su plenitud la ciudad, a esa hora desperezándose.

No tardó Peter en fijar su atención en la cúpula de un templo católico y enfocar sus pensamientos sobre Will, su colega criminal y, en esos momentos, ejecutor de quien ocupaba el centro de las pesadillas que le atormentaban cada día y cada noche; para luego hacer lo propio con el sencillo teléfono móvil, adquirido el día anterior con precaución extrema para no dejar rastro, el cual extrajo del bolsillo del pantalón y con el que, en el mayor de los anonimatos, dentro de pocos minutos realizaría una determinada llamada que se convertiría en soberbio corolario de su tan preciso como maquiavélico plan.

Aunque, a decir verdad, estaba a punto de pasar a mejor vida quien le turbaba de esa manera tan dolorosa, persistente, obsesiva diría, y todo porque Will Moore se encontraba en forma; muy en forma, según su particularísimo criterio. Prueba de esto es que había dormido, por primera vez, tres horas seguidas en el plazo de dos semanas y se lo notaba. Músculos diez, ánimo diez, y en eso recapacitó sobre sí mismo al pasar por una de las galerías que conducían a la zona céntrica de la ciudad y se observó reflejado en un enorme espejo en el que, a su pesar, las orejas de soplillo ocupaban una gran parte de su anatomía.

Con alegría, no obstante, Will calculó cómo con el dineral que iba a recibir del seguro de vida de su esposa que había contratado -falsificando de manera magistral su firma, incluyendo en la argucia una succulenta propina para el corredor, quien no dudó en hacer la vista gorda obviando comprobaciones- y cuyos recibos mensuales había abonado a la compañía aseguradora de manera puntual gracias a los préstamos recibidos en su día del usurero Fred, lo primero que iba a acometer era un cambio radical de su físico.

Y es que ya tenía estudiado el giro de su aspecto comenzando, sin dudarle, por corregir esas horribles y vergonzosas orejas, pegándolas a su cabezota conforme deberían estar. Más tarde, mandaría a paseo a las ojeras, en parte provocadas por su mala vida y, junto a éstas, por arreglarle los párpados pagaría lo que le pidiesen con tal de que se parecieran a los que tenía con veinte años y cada noche dormía en la cama de una tía diferente, tras haberle hecho alcanzar algo parecido al cielo a tenor de los chillidos de placer que daban las muy putitas.

Sí, señor -se decía Will animado- era todo un plan que remataría con una buena casa con dos, o mejor tres, garajes y un jardín enorme donde no faltaría la piscina romana hasta con un trampolín, lo cual desde pequeño le había hecho ilusión tener; sin olvidar un buen coche de esos europeos de importación que cuando circulas la gente vuelve la cara y admira. En el capítulo de los niños, tendrían excelentes y también carísimos colegios privados, profesores particulares de categoría y cada verano asistirían a campamentos en lugares exclusivos para las élites, donde les prepararían para alguna academia militar puesto que se sentía todo un patriota. Luego, para él, no faltaría en su armario ropa con clase y en cuanto a viajes barajó varios destinos que le interesaban tanto en Europa como en Asia aunque, de por medio y para la cotidianidad del día a día, también dejó un hueco pensando en adquirir a tocateja un enorme saco de cocaína para esos días de vino y rosas que le aguardaban; los cuales tenía al alcance de la mano a poco que apretase con precisión el gatillo de su Magnum.

De cualquier modo, ese castillo construido de papel y engrudo caería de

inmediato si no tenía la suficiente sangre fría para llevar a cabo su parte del trato con Peter. Pero eso no iba a ocurrir a un tipo como él; curtido en asaltos, atracos, violaciones y crímenes abyectos en los que se había graduado cuando aún no tenía quince años. Aún recordaba su primera víctima, una noche de farra y una pelea como Dios manda. Se trataba de un negro que le sacaba una cabeza, pero que recibió sus siete furiosas y consecutivas cuchilladas en todo el centro del estómago y, con frialdad, luego se quedó delante de él observando cómo daba sus últimos estertores en tanto un río de sangre manchaba aquellas zapatillas "Air Jordan" genuinas que le había birlado a base de guantazos y patadas en los huevos a un panoli blanquito a la salida de un MacDonalds en Queens, durante sus días en los que aún pisaba las calles neoyorquinas.

Will pensó que eran otros tiempos, por los que sentía nostalgia, cuando sus colegas y él eran los amos de aquella puta ciudad y los polis se cagaban vivos al verles aparecer por las calles traseras de las zonas comerciales y más tarde tras imponer su ley salvaje, justo en cuanto la cosa se ponía fea, hacían un repliegue estratégico como si de un ejército se tratase y regresaban dejando atrás la zona norte de Central Park hasta adentrarse en Harlem; donde se mimetizaban entre la barahúnda de un barrio como aquél que a ellos les parecía el mismo Edén y donde la pasma ni siquiera tenía arrestos para ir tras ellos.

No, señor, dijo para sí Will, en tanto la imagen de su esposa, quien en esos mismos instantes imaginó expirando tras recibir un cargamento de plomo cortesía de su nuevo y especialísimo amigo Peter, yacería junto a su madre y su cuñado en sendos charcos sanguinolentos y él liberado de una vez de ese

yugo maldito que le atosigaba. Y no sería por oportunidades que le había dado, pero la muy zorra había puesto rumbo a su ruina y ese detalle fue el detonante para idear aquella conspiración que, de improviso, había surgido en un antro oscuro de olor a vómitos rancios rodeado de alcohólicos y la peor ralea del East End donde, como ángel justiciero enviado a su encuentro, había aparecido su alter ego para convertirse en hermanos de sangre en una fría venganza cruzada y confiriendo a ambos la más enrevesada y soberbia coartada que imaginarse pudiera.

Will, tras recorrer los muchos metros de la galería comercial, accedió a una plaza donde continuaban los establecimientos a esa hora tan temprana cerrados aún, y tomó la primera calle a mano derecha tal como Peter le había prevenido incluso haciéndole un pequeño croquis el cual, y siguiendo al pie de la letra sus indicaciones, destruyó en minúsculas partículas en cuanto identificó el lugar hacia donde debía dirigir sus pasos en pos del objetivo.

Will reconoció cómo el plan lo había proyectado Peter en su totalidad y él sólo se había encargado de suministrar las armas. Ni que decir tiene que para su intervención se había reservado la Magnum, que tantas alegrías le había dado y también tantas vidas había cortado de raíz sólo con uno de esos proyectiles que partían en dos pechos, espaldas, cabezas o lo que se pusiese por delante sin piedad. Era su infalible instrumento para cuadrar sus presupuestos criminales y no había mortal que se resistiese a su furia en cuanto el proyectil abandonaba la bocacha ardiente.

Para Peter, Will había elegido un treinta y ocho con silenciador, más humilde, pero cien por cien efectivo y con balas de punta hueca que había buscado ex

profeso para que abatiese a la primera a sus objetivos, siendo una munición tan efectiva que no le haría falta a su colaborador discreto más que un certero disparo sobre cada una de las dianas que él mismo le había descrito; aunque le había reconocido que al patoso de su cuñado, y su oronda humanidad, tendría que hacerle un par de agujeros para derrumbarle y, una vez en el suelo, con frialdad apuntarle en plena frente a pocos centímetros y apretar el gatillo para enviarle al otro barrio previo boquete por donde sus sesos saldrían disparados.

Sí, señor, se decía Will, lástima que me tenga que perder ese espectáculo, se repetía una y otra vez relamiéndose de la eliminación de su castigo diario en forma de esposa, suegra y cuñado. Se le hacía la boca agua imaginando ya la escena de acudir a la casa, mientras la policía hacía su trabajo, y él preguntando qué había pasado sin que esta vez la Ley le buscara la femoral y le empitonara camino del penal. Estaría limpio y todo gracias a Peter y su providencial aparición, proporcionándole ese punto de fortuna que se le había negado hacía tanto tiempo. Luego, comprobada su coartada, vendría la fase más gloriosa recuperando a sus pequeños, enseguida el cobro del seguro de vida millonario y, tras comprobar cómo los dólares inundaban su cuenta corriente, por fin pegarse una vida de ensueño que creía merecerse.

Will comprobó la hora en su reloj y comprendió debía concentrarse en su tarea. Para ello, apartó los pensamientos sobre lo futurible, lo cual no era fácil cuando éstos estaban llenos de buenos augurios y casi percibiendo el inconfundible sabor del primero de los Daiquiris que se iba a echar al coleteo en una playa de Las Bahamas con una nativa veinteañera en la hamaca de al lado; de quien, en cuanto la noche llegase, daría buena cuenta en la cama.

Hizo un esfuerzo y puso toda su atención en la conversación que, durante el encuentro con Peter, había versado sobre los aspectos inamovibles del plan que en esos momentos llevaba a término. Con claridad, su colega le había instruido acerca de los pormenores que debía tener en cuenta y el primero era dejar constancia de su presencia en ese lugar y justo a esa hora. Para Will, eso no era obstáculo; es más, constituía una de sus especialidades por cuanto no era la primera vez que acometía algo parecido, aunque no con tanta cautela y buena factura a la hora de llevarlo a cabo y, tal como comprobó en su reloj, era el momento justo.

De tal modo que Will buscó primero su objetivo, que no era otro que una cafetería donde un blanquito con una grotesca visera en la cabeza colocaba mesas y sillas delante del local. Comprendió que el lugar era pintiparado para sus planes y aquel lechuguino con gafotas, desgarbado, piernas en equis y ademanes torpes, era un primo al que abordar con todas las garantías de éxito para su ardid.

-¡*Chico!*!- llamó Will al joven empleado de la cafetería, en cuanto éste concluyó de colocar el mobiliario y se dio la vuelta de regreso a la barra.

-*Sí, dígame, señor ¿Le sirvo algo?*!- dijo el chaval volviéndose y haciendo un esfuerzo por localizarle dada su miopía de campeonato.

-*¡Aparte de burriciego, capullo, veo que estás sordo!*!- le soltó Will, mientras pegaba una patada a una silla, luego tomaba otra con violencia y se sentaba

junto a una de las mesas impolutas a esa hora recién lustrada, con una crueldad estudiada y esperando aquellas palabras tuviesen el efecto deseado.

-Lo siento, señor. No ando bien del oído izquierdo- respondió sumiso, más bien acoquinado el muchacho ajustándose las gafas casi de culo de vaso, con la voz temblorosa *-¿Qué le pongo?-*

-No eres más idiota porque no te entrenas, gaznápiro. Anda, tráeme un café bien cargado ¡A la carrera!- Will apretó las tuercas y hasta le gritó para hacerse notar más.

-Sí, señor. Enseguida se lo traigo- salió corriendo aquel joven como alma que lleva el diablo, con las palabras todavía tiritando en sus labios entrando en la cafetería. Un par de minutos después regresó, con una mancha evidente en todo el centro del mandil de color verde agua que llevaba anudado a la cintura y con el café bailoteando sobre una pequeña bandeja –la cual no cayó de milagro- y lo sirvió a Will, quien le miró con furia en los ojos.

-¡Alto ahí, so memo!- le gritó Will y el chaval se cuadró casi de manera marcial.

-¿Ocurre algo, señor?- le preguntó el muchacho, educado y haciendo más solícita aún su voz.

-¿Qué ocurre?- Will fue al límite levantándose y encarándose *-¡Este café*

está frío!- gritó con fuerza ante apenas dos centímetros de la cara del muchacho, quien comenzó a echarse para atrás.

-¿Frío? Pero si quemaba cuando se lo he servido, señor. Debe tratarse de un error y...-

-¡Hijoputa! ¿Quieres decir que estoy mintiendo?- Will no sólo le gritó furibundo sino que tomó al chaval por el cuello de la camisa y le dio tal empujón que acabó despatarrado en el suelo delante de la puerta del local.

-Pero ¿Qué pasa? ¿Qué ocurre? ¿Estás bien, Joe?- sorprendida ante el griterío y el golpe seco del chaval en suelo, la camarera que servía en la barra y compañera del muchacho salió y comprobó cómo éste hacía intención de levantarse.

-¡A mí nadie me contradice! ¿Te enteras? ¡Si te digo que el café está frío, es que está frío!- Will insistió a grito limpio y gesticulando de manera amenazante a los dos jóvenes, quienes no salían de su asombro.

-Señor, si quiere le servimos otro caf...- comenzó a ofrecerle la chica, quien apenas sobrepasaba el metro y cincuenta centímetros de estatura, un inglés irregular en la pronunciación y aspecto de haber visto por primera vez la luz en alguna pequeña y perdida aldea de Centroamérica.

-¡Meteros el café por el culo, cabrones!- respondió Will con más vehemencia

y propinando un puntapié a la mesa, la cual llegó con las patas boca arriba a una decena de metros; pensando él mismo admirado cómo la escena que había protagonizado ni siquiera en el mismo Hollywood la hubiese escrito alguno de esos guionistas bien pagados, quienes vivían a cuerpo de rey en Beverly Hills a base de inventarse historias mucho menos inverosímiles.

Will estaba bien orgulloso de sí mismo, de su capacidad para fingir, de actuar para un público escogido por él en persona y hacerle creer cosas. Y, en esta ocasión, esas mismas cosas pasaban por dejar patente su estancia en el local, por cuanto el cegatón de andares torpes y la panchita regordeta de piel rojiza no tendrían ningún tipo de dificultad para identificarle ese día y a esa hora; en particular como un maleducado cliente para quien la violencia era su tarjeta de visita.

Todo había salido a la perfección y, pensó, Peter se sentiría orgulloso de haberle visto interpretar el papel que había bordado. Por su parte, Will observó la hora que marcaba su preciso reloj “Seiko Astron” de dos mil quinientos pavos -conectado de manera permanente a los satélites- el cual lucía en su muñeca desde que hacía unos años lo había birlado en unos grandes almacenes delante de las narices del vendedor que, con inocencia, se lo había mostrado momentos antes, comprendiendo cómo llevaba un minuto de retraso con respecto al horario previsto en los planes de su colega. Por este motivo, abrió la zancada lo más que pudo aunque sin llegar a correr puesto que bastaba ya de llamar la atención al encontrarse a muy poca distancia del lugar indicado por aquél. A partir de ese perímetro, sabía tendría que guardar cierto sigilo y moverse con discreción para mimetizarse entre la gente que deambulaba de acá para allá.

Recordó punto por punto lo que debía hacer y, tras identificar el sitio exacto donde llevar a cabo el trabajo, se encaminó hacia sus aledaños. Una vez allí, Will pensó cómo -en cuanto había escuchado a Peter decirle que su objetivo era un tipo de mediana edad, quien portaba siempre un bastón porque cojeaba de una pierna por herida de guerra y que, sin faltar, cada mañana entraba a rezar en la Iglesia de San Patricio- supo cómo aquello sería coser y cantar. En contraposición a esa idea, Peter le había rebajado la alegría inicial por ser algo tan fácil de acometer, en concreto porque el tipo en cuestión llegaba siempre a la iglesia en coche oficial y con otro sujeto armado en el asiento del copiloto.

Eso complicaba algo la cosa, pero menos al tener noticia de igual manera de cómo al templo entraba solo el rival de Peter en su carrera profesional, quedando fuera sus perros guardianes. Eso era genial para Will y supo desde ese momento cómo no tendría problema alguno en liquidarle y luego salir de allí como si nada, incluso con los dos tipos fuera esperando a su jefe, sabiendo cómo cuando le echasen en falta al pasar los minutos él estaría a salvo a mucha distancia de la iglesia en cuestión, tal vez fumándose un puro habano y aún con las manos manchadas de su sangre tras abrirle la cabeza en dos mitades.

De esta guisa, Will compró un periódico en un kiosco que se encontraba justo en frente. Se apartó luego unos metros, sacó un pitillo, lo encendió y se puso a hojearlo sin echarle cuenta alguna a las noticias; las cuales, y según su criterio, eran la mitad falsas y las otras puestas allí para aborregar al personal. Dio unas cuantas caladas al cigarrillo Winston y, en el momento que iba a

tirlo, apareció un vehículo de color negro azabache con los cristales tintados que frenó su marcha y aparcó junto a la iglesia, por lo que el olfato le indicó cómo su hombre se ponía al alcance de su poderosa Magnum.

No tardó Will en confirmar su palpito ni unos segundos, cuando vio cómo el cojo advertido por Peter y con el bastón en ristre se apeaba, no sin dificultad, y ayudado por el tipo que le acompañaba de escolta. A renglón seguido, subió las escaleras con maneras de anciano aquejado de una artrosis galopante y le vio desaparecer por el portalón del templo católico rumbo a sus rezos matinales; seguro pidiendo para acrecentar su abultada cuenta corriente, la cual imaginó bien magra.

Will cruzó la calle, aunque dando un rodeo precautorio que le llevó a un semáforo unos metros más allá. Luego, ya en la acera donde se encontraba la iglesia, se cuidó de pasar desapercibido al caminar junto al coche haciendo como si leyese el diario. Al momento, y en un movimiento casi felino, subió los escalones sin llamar la atención y se coló en la Casa de Dios, la que por cierto no le imponía para nada y le importaba un pimiento enviarle de un momento a otro al Cielo un alma fiel a sus dictados. La iluminación era pobre, pero incluso así logró divisar muy cerca del altar a su objetivo, permaneciendo éste sentado y sin nadie a su lado. Comprobó cómo estaba justo lindando con el pasillo central y en su mente calculó sus pasos uno a uno.

Will no tuvo ni siquiera un momento de duda, máxime si se tenía que valorar el ansia por recuperar su vida sin aquel lastre provocado por la obcecación de su ex y la connivencia de su familia, dispuestos todos a convertir su pequeño

mundo en algo muy parecido a un infierno. Por lo cual, la seguridad de su acto supremo empuñando con suma elegancia su espectacular Magnum 357, su sigilosa figura deslizándose sobre el mármol grisáceo del templo sin hacer apenas ruido, junto a la rapidez en cubrir los tres metros del banco donde su objetivo permanecía sentado, estuvo a la altura de las circunstancias y el momento de colocar la bocacha del arma en la sien de aquél y el posterior disparo certero se precipitó sin que la víctima percibiera siquiera la corriente de aire provocada por su maniobra de acercamiento por detrás de donde había estado con la mirada fija en la colosal Cruz que presidía el altar; a la sazón la última visión de este mundo del ya finado.

Will, apoyado en la soledad de la iglesia y relajado sin temer miradas furtivas, echó un vistazo al boquete que había abierto la bala escupida por la Magnum en la cabeza de la víctima, para luego comprobar un instante cómo había salido por el lado contrario de la cabeza llevándose consigo un buen trozo de aquélla, quedando incrustado de manera tragicómica en el banco que se encontraba justo en su frente. Sin duda, se trataba de un trabajo limpio y en la más absoluta impunidad, puesto que cuando el Sacristán y uno de los monaguillos se asomaron tras escuchar la detonación, Will ya se encontraba al fondo del templo y abriendo una de las puertas por donde se escurrió sin que los acompañantes del sujeto -a quien acababa de dar el pasaporte-reparasen en él.

Will anduvo como si tal cosa dos manzanas y luego comprobó la hora, congratulándose de haber terminado lo planeado con Peter con un margen de minuto y treinta segundos de error; lo cual era una hazaña de la que su colega de crímenes cruzados seguro estaría orgulloso. Ya relajado, Will tomó un

café en un “Starbucks”, sentándose de manera tranquila a saborearlo, y esta vez sin armar el jaleo pactado con Peter con tal de llamar la atención. Miró de nuevo el reloj y comprendió cómo su compañero, de manera simultánea, habría concluido su parte y le convertía en un hombre nuevo, ya en camino una auténtica fortuna en forma de seguro a cobrar y, pronto, a disfrutar.

Minutos más tarde ya conduciendo su apestosa lata motorizada, Will pisó fuerte el acelerador y acompañó su euforia con una carcajada que muchos de los viandantes, incluso circulando a más de cien por hora en la ciudad, le escucharon y volviéndose quedaron atónitos ante semejante espectáculo de un tipo desmadejado poniendo en riesgo no sólo su vida sino la de los demás.

Y eso a Will le importaba un carajo e incluso estaba dispuesto a llevarse a más de una por delante, emulando así sus hazañas juveniles pandilleras que, reconocía siempre, echaba en falta aunque menos que a las tipas a quienes cada noche penetraba una detrás de otra en el asiento trasero de su Chevrolet Impala robado a punta de pistola a un representante de ropa interior natural de Ohio, al que luego pateó el culo y, tras pisarle el cuello, le pegó dos tiros en los huevos.

Un rato después, dejando por fin de hacer el ganso, conteniendo de igual forma su alborozo por cómo habían ido las cosas y la forma tan limpia de liquidar al tipo cojitranco de la iglesia de San Patricio, apareció por la calle donde se encontraba su taller y aparcó justo detrás de un vehículo que ya conocía y cuya presencia ya le escamó a hora tan temprana; si bien sin que ese hecho puntual lograra hacerle perder el rostro de felicidad que traía, en particular cuando en su mente se agolpaban imágenes de cómo sería su

existencia a partir de ese momento, donde los billetes le saldrían por las mismas orejas de soplillo y a las pibas tendría que quitárselas de encima olisqueando el montón de pasta que se había agenciado con su natural astucia, sangre fría y, por qué no reconocerlo, la propia suerte que de repente en el East End, en medio de la podredumbre acostumbrada, había cambiado de rumbo para poner a sus pies al mismo puto mundo que odiaba desde que, siendo niño abandonado y criado en un frío y cruel orfanato, comprendió era un lugar inhóspito y digno de joder con todas sus ganas.

Will se bajó del coche, anduvo unos metros y comprobó cómo no se equivocaba al tener frente a él, volviéndose en cuanto le escuchó llamarle, al funcionario que había embaucado el día antes; quien le observó con una expresión un tanto extraña que le puso -en esta ocasión sí- en guardia, ateniéndose a la finura de su olfato como criminal graduado en cientos de actos viles, llevando su ánimo a un estado de prevención que cortó en seco su celebración del fin de una etapa marcada por la desesperación y, por el contrario, la llegada de un nuevo tiempo de esperanza para su futuro.

-¿A qué viene esa cara, tío?- le soltó de sopetón al pobre hombre, quien parecía fuese a deshacerse de un momento a otro como un azucarillo -¡Joder, no me diga que no me va a dejar sacar mis cosas del garaje! Quedamos que podría hacerlo y luego colocaría ese precinto, que por cierto en pocos días tendrá que venir a quitar porque pienso pagar hasta el último céntavo ¿Sabe? Tengo un negocio que me ha salido de perlas y es cuestión de días tenga en mi poder una suma que quitará las telarañas a mi cuenta corriente ¡Pero, oiga! ¿Se le comió la lengua al gato?- volvió a preguntarle Will, viendo cómo la boca de aquel tipo, al que recordaba con su vocecilla

amariconada y su olor a ropa viejuna, parecía estuviese sellada con silicona recién echada y hasta las manos le temblaban sin poder controlarlas.

-*Verá, señor*- respondió el tipo de los zapatos ridículos tras unos segundos, los cuales a Will se le hicieron eternos –*Resulta que, bueno, quiero decir que, o sea es que ellos me han dicho que me quedase quieto y que guardase silencio*-

-*¿Ellos?*- gritó en voz alta Will, perplejo ante la respuesta que le pareció de lo más gilipollesco del sujeto, quien aparte de las manos comenzó a temblar por las piernas como si se tratase de un flan -*¿Quiénes son ellos?*- insistió Will acercándose a él y luego zarandeándole como si fuese un pelele en sus enormes manos negras.

-*¡Ellos!*- exclamó el hombre desesperado, mientras su dedo índice tembloroso señalaba a la puerta del garaje de Will, de donde en un décimo de segundo una turba de uniformados portando armas de asalto encañonaron tanto a Will como a él mismo.

-*¡Cabrones!*- le dio tiempo a gritar a Will pero a poco más, toda vez que la primera bala le cruzó de manera limpia la garganta, seccionándole las cuerdas vocales pero con la fortuna de salir airoso por la parte posterior del cuello e incrustarse en el árbol que tenían ambos tras ellos. Cuando la segunda le perforó el antebrazo derecho, la tercera hizo lo propio con el cuádriceps izquierdo, logrando que Will dejara de vapulear al funcionario, quien horrorizado al sentir la calidez de la sangre salpicada en su rostro se desmayó

a su lado, y aquél se derrumbara sobre el acerado.

Algunos proyectiles más pasaron muy cerca de Will -incluso estando ya en el suelo- hasta uno rebotado que le cruzó el cráneo de lado a lado y sólo dejaron de silbar en sus oídos conscientes cuando alguien gritó *¡Alto el fuego!* Y a quien siempre le quedaría agradecido; tal como pensó yaciendo boca arriba y sintiendo la sangre deslizarse generosa por todo su alrededor.

Sin embargo, Will al instante se preguntó a sí mismo quién era y qué hacía allí puesto que su entendimiento parecía noqueado tal si hubiesen extraído los recuerdos de toda una vida de repente, lo que llevó congoja y frustración a su mente confusa fruto de aquella bala que llevaba escrito su nombre y la que prefirió seguir su camino sin permanecer alojada en su masa encefálica, como testigo mudo pero efectivo de su detención. Aunque sólo duró esa sensación un instante ya que un sopor, hasta placentero, le invadió. Luego, la luz se convirtió en algo difuso y su mente divagó una milésima de segundo hasta quedar sumida en un letargo profundo.

EPÍLOGO

-Chuck ¿Qué haces? ¡Enfócame y deja de mirar con esos ojos lascivos a la reportera del Canal 33! Sigue así y tendré que informar al jefe de tu comportamiento ¿Entendido?- Con un humor de perros, lo cual era moneda corriente, Joshua Peabody, aparte de integrante de la “Iglesia de los Santos de los últimos días” -como ferviente feligrés- también reportero del Canal de televisión KWLB, se dirigió en estos términos contundentes a su cámara, Chuck “Beefeater” Krugger, un rubicundo de perfil cervecero cuyo aliento advertía de su consumo tal vez algo mayor de lo que debería, a quien las amenazas del periodista se la traían al paio y ni siquiera hizo una mueca de preocupación al advertirle una vez más de su costumbre por quedar embelesado de aquel cuerpecito de la susodicha colega del Canal 33; quien además le había guiñado un ojo y eso era algo que no debía dejar pasar sin que le correspondiera: primero con una sonrisa pícara y luego permitiendo a

su lengua juguetona pasearse por el labio inferior, en un gesto que a Peabody le había puesto de los nervios considerándolo una asquerosa obscenidad.

-¡3,2,1, en el aire!- le indicó Chuck a Peabody, dándole así la entrada para iniciar la narración de la noticia que la cadena les había ordenado cubrir y para la cual, sin sorprenderse, los canales competidores de igual manera habían enviado un enjambre de informadores que, literalmente, se pisoteaban por tomar al asalto el mejor ángulo de la prisión del Estado.

-Buenas noches, Elizabeth y a toda la audiencia del programa- comenzó Peabody el relato de lo que acontecía a su alrededor, micrófono en ristre y respondiendo a la pregunta que por línea interna le hacían desde el plató situado en los estudios centrales, mientras Chuck *-cámara al hombro-* le enfocaba aunque con el pensamiento volcado en la chica del 33.

-Desde la puerta de acceso al penal del Estado, Joshua Peabody informándoles sobre la última hora acerca de la inminente ejecución por inyección letal del asesino del Primer Ayudante del Fiscal del Distrito, Martín Slim, así como de la ex esposa, la suegra y el cuñado del convicto, en una matanza la cual quedará para los anales del crimen en toda Norteamérica. Como pueden comprobar tras de mí, un mar de velas alumbran esta fría noche de febrero, mientras Will Moore en estos mismos momentos, aguardando el momento fatídico de ser conducido al patíbulo, apura sus últimos instantes entre los vivos. Salvo milagro de última hora, será ejecutado dentro de tan sólo cuarenta y cinco minutos y, posteriormente, su cadáver saldrá por esa puerta que también pueden observar en las imágenes que les ofrecemos, una vez sea entregado a su familia. Y esas velas

encendidas ruegan en silencio porque sea conmutada su pena por la de cadena perpetua, ya que han sido numerosas las peticiones para que se lleve a cabo aquélla por multitud de políticos y miembros eminentes de la sociedad civil, sin contar con el apoyo expresado por el mismo Vaticano, quien ha dirigido una carta en tal sentido. Pero ¡Un momento, señoras y señores!- habló con nerviosismo Peabody, quebrándosele la voz y zigzagueando con torpeza por entre la multitud ingente de colegas arremolinados en un segundo en torno a un vehículo que llegaba -La noticia parece que vino esta vez a buscarnos porque un revuelo está teniendo lugar y pido a mi cámara les muestre ésta, ya que acaba de bajarse de su vehículo oficial el nuevo Fiscal del Distrito, Peter Bobinski, quien ha tomado hoy mismo posesión tras ser asesinado su competidor por Will Moore en la carrera hacia el cargo. Como verán por las imágenes, va escoltado por cuatro de sus hombres, quienes le abren paso hacia las instalaciones de la prisión ¡Por favor! ¡Por favor! ¡Fiscal Bobinski!- voz en grito, sobreponiéndose sobre los demás periodistas, Peabody pareció echarse encima con el micrófono en alto y pisoteando a más de uno con tal de ser el primero en colocárselo delante de donde caminaba aquél -¡Señor, por favor! ¿Podría comentarnos alguna novedad acerca de la ejecución de Moore?- Peabody ganó la partida y también Chuck, quien consiguió con su prominente barriga hacerse un hueco y enfocar al nuevo Fiscal. Las imágenes no daban lugar a duda de que Bobinski por su aspecto impoluto era un auténtico “WASP”, o sea blanco, anglosajón y protestante de pura cepa, quien daba la sensación de emanar ese tufillo de integridad ética y moral a prueba de tentaciones mundanas o, lo que es lo mismo, un ejemplo a seguir como servidor público a quien admirar y seguir en sus decisiones preñadas de sentido común y dirigidas a preservar el bien de la comunidad.

-Sé cómo están los ánimos por aquí- habló Peter metido de lleno en su papel, vestido de Armani por supuesto y con un abrigo de color azul marino de diseño exclusivo de Prada *-Veo toda esa gente rezando, lo que les honra, mucha suplicando a Dios por Will Moore, sobre quien no hace falta me extienda puesto que ha cometido crímenes terribles contra personas honestas, como mi compañero durante tantos años en la Fiscalía y, hasta hace pocos meses, duro rival en la carrera por suceder a mi antecesor en el cargo, y precisamente por ser él quien ordenó la causa contra Moore en su última condena, segunda en su larga carrera criminal. Pero no le bastó con vengarse de quien, en nombre del Estado, le llevó a esta misma prisión durante muchos años en los que las calles fueron más seguras, sino que momentos antes de acabar con la vida de mi gran amigo y colega, Moore tuvo la sangre fría de asesinar de manera atroz a su ex esposa y madre de sus hijos, su suegra y su cuñado, sin concederles tan sólo una oportunidad. Fueron asesinatos viles, cobardes y, deben entender todos, precisan un contundente castigo previsto en nuestro ordenamiento jurídico. Y no es otro que la pena capital de la que Moore se hizo acreedor aquella mañana fatídica en la que, paso a paso, con una frialdad que eriza la piel, llevó a cabo sus planes. Gracias a las cámaras de vigilancia de la Iglesia de San Patricio, a los testigos de su huida en los alrededores de ésta y también a la llamada anónima recibida en la central policial, hicieron posible detenerle cuando se disponía a huir desde el pequeño garaje que regentaba y donde contaba con otro vehículo con el que burlar el cerco policial...-* Se frenó Peter en su estudiado a conciencia conato de alegato, utilizando para ello esa forma tan sui generis de combinar la gestualidad sin afectación con un tono de voz grave al que añadía una forma pausada de pronunciar cada palabra, justo en el momento que *-de un murmullo-* pasó la multitud de gente congregada a proferir algunos gritos y, también, insultos no sólo a él sino

también al sistema; con lo cual, los agentes presentes tuvieron que tomar cartas en el asunto y los fortachones que le protegían movilizarse más cerca de donde se encontraba.

-¡Por favor, ruego un poco de silencio!- continuó Peter, esta vez alzando la voz para que desde el corazón de la multitud se le entendiera, logrando que hasta los reporteros, incluido Peabody, de igual forma se aguantaran las ganas de continuar preguntando sobre los hitos del caso y, tal vez, arrancarle algunas de sus tripas no reveladas que, era “vox populi”, se reservaba la Fiscalía.

-Amigas, amigos- retomó la palabra Peter, en su perfecto papel de recién erigido Fiscal del Distrito e intentando utilizar un tono que ligaba a partes iguales firmeza y magnanimidad *-Como impulsor de la causa contra Will Moore, reiterando mi profundo dolor por sus actos en especial en la persona de casi un hermano para quien os habla y también os desvelo en honor a su memoria, su talante y su bondad cimentada en la fe en Jesucristo, he de informaros en primicia como me he unido de manera oficial a la petición de las más altas instancias para que le sea conmutada la pena capital por la de cadena perpetua sin posibilidad de libertad condicional, debiendo permanecer en esta misma prisión hasta su último aliento en castigo por su comportamiento, apartado por siempre de la sociedad que tantas oportunidades le dio y...-* Peter volvió a callar, aunque esta vez los insultos se convirtieron en vivas y hurras por doquier y hasta su escuadra protectora se relajó, observando cómo parecían querer tirarle flores en lugar de pedruscos.

-Amigas, amigos- continuó Peter, esta vez relajado y gozando de ese

momento de gloria arengando a la masa *-De igual forma quiero informaros que hace apenas unos minutos el Gobernador del Estado, a la vista del posicionamiento de este Fiscal, vuestro servidor y que os habla emocionado recordando al amigo asesinado, ha decidido aceptar el criterio y, definitivamente, conmutar la pena capital a Will Moore-* paró de nuevo Peter Bobinski, en medio de un griterío en ese momento ensordecedor que sólo se hizo soportable al tomar de nuevo la palabra *-Id en paz y recordad siempre a las víctimas y sus familias a quienes aquél hizo tanto daño. A ellos les digo que tengan esa fe, a la que he aludido tan fuerte de mi colega desaparecido para siempre, y confíen en que Dios será quien le juzgue y, espero, de forma más severa que nosotros-*

Concluyó Peter y sus palabras causaron sensaciones encontradas en todos los rincones desde donde presenciaban su más que elaborada actuación -lindando la misma teatralidad- la cual fue vista desde casa por su esposa Sharon, quien estaba viviendo una etapa de su vida llena de satisfacciones gracias al nuevo cargo conseguido por Peter y también por la nueva casa que planeaban adquirir junto a la de sus padres en el barrio más elegante de la ciudad; cuestión por la que tantísimo había insistido su propia madre, para quien su marido siempre había sido algo -en sus mismas palabras- especial.

Sin embargo, no tan bien recibidas fueron no sólo las palabras sino la misma aparición de Peter en la pequeña pantalla seis plantas más arriba desde donde las había pronunciado. Justo allí, en la prisión, en el módulo de largas condenas, Joe y Chris, dos tipejos viejos conocidos de Peter Bobinski, se enzarzaron en una pelea en la que al primero un puñetazo le reventó el pómulo y al otro un arañazo le cruzó la cara dejándole un recuerdo visible,

seguro, para algunas semanas.

-¿Qué coño hacéis los dos, mamones? ¿Queréis que os metan en aislamiento?- les gritó intentando separarles un tercer compañero de celda, de nombre César Martínez, un portorriqueño cubierto de tatuajes de aspecto realmente patibulario quien había decapitado -hacía siete años en una noche de tormenta de principios de noviembre- a un taxista para ahorrarse el importe de la carrera hasta el East End.

-¡Cabronazo, hijo de la gran puta, te dije que debíamos habernos cargado a ese pijo!- habló Joe dejando de pegarse con su compañero y luego sentándose ambos en los camastros sudorosos resoplando tras el esfuerzo, por supuesto vano para ambos.

-¿Pero, tío, quién iba a saber que era uno de los Ayudantes del Fiscal del Distrito?- preguntó alterado Chris, dando luego un buen porrazo con su puño en un lateral de la litera.

-¡Eso es cierto. Hijoputa, me cago en...!- juró en arameo Joe con una expresión de ira propia de su carácter, dándose él mismo un buen coscorrón en la cabezota presa de la impotencia.

-¡Es igual, joder!- Chris le respondió aún más iracundo *-¡De todas formas y, aunque le hubiésemos rajado o dejado como un colador, estaríamos aquí y ahora los dos con la perpetua encima! Era la tercera condena, tío-*

-Así es, tío ¡Una verdadera mala pata que el puto coche ese tuviera cámara y lo grabara todo!- dijo finalmente Joe, ya resignado con la cara tapada por sus enormes manos.

-¡Tíos, joder, hablad más bajo que esos cabrones vigilantes nos van a putear!- gritó mosqueado el degollador de taxistas *-¡Ahora callaos de una vez y dejad de hablar de esa mierda! Tenéis por delante una vida entera entre estas paredes para poneros de acuerdo en quién fue el capullo que decidió atracar a ese tipo-*
